

1988
1988
ACR6
1988



CARLOS RODRIGUEZ CRUZ

ELLOS MERECE LA VICTORIA





ELLOS MERELEN
LA VICTORIA

CONCURSO 26 DE JULIO
MINFAR

JUAN CARLOS RODRIGUEZ LAUZ

ELLOS MERECE LA VICTORIA

Premio Testimonio



Editorial Letras Cubanas
Ciudad de la Habana, Cuba, 1982

JURADO

Angel Augier Proenza
Rolando Garcia Blanco
Tte. Cor. José M. Delgado López

F

1788

.22

A2R6

1982

1-10-92 FB

A los fundadores del Ministerio del Interior, veteranos hoy, y a los «pinos nuevos»

Edición: Margarita Canet
Diseño: Eladio Rivadulla

- © Juan Carlos Rodríguez, 1982
- © Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1982

Impreso en el mes de enero de 1983 en el Establecimiento 08, «Año del XXX Aniversario del Moncada», Ciudad de La Habana.

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
Ciudad de La Habana, Cuba.

 Library
University of Miami

INTRODUCCIÓN

El 6 de junio de 1961 se crea el Ministerio del Interior (MININT). Desde entonces han transcurrido veinte años. Sus filas se nutrieron de hombres y mujeres, que desde muy jóvenes se entregaron por entero a la lucha revolucionaria.

En el enfrentamiento contra el enemigo poderoso, la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA), los combatientes del MININT, adquirieron las primeras experiencias. Ellos están ligados a cada una de las victorias de nuestro pueblo; con su valeroso e inteligente trabajo lograron la destrucción de la contrarrevolución interna, desarticulando incontables planes de la CIA, entre ellos, los de eliminación física de los dirigentes de la Revolución.

Junto al Ejército y a las Milicias, hicieron morder el polvo de la derrota en la invasión mercenaria de Playa Girón; no sin pagar, en el empeño, un alto número de valiosas vidas.

Fue decisivo el papel desempeñado por los combatientes del MININT en la derrota de las bandas armadas.

Los guardafronteras, insomnes centinelas de la patria, han defendido abnegadamente y en permanente vigilia, día y noche, las costas de nuestro país.

La Policía Nacional Revolucionaria (PNR), ha contribuido a la erradicación del ambiente delictivo y elimi-

nado casi totalmente los vicios habituales antes de la Revolución, como las drogas, la prostitución y el juego. Una norma de conducta preside el comportamiento de nuestra Policía: el respeto al pueblo.

Los combatientes del Ministerio del Interior han estado presentes, junto a los de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y a los hombres del pueblo, en cada misión internacionalista, cuya página más gloriosa, la escribieron en la hermana República de Angola.

En el año del XX aniversario de la fundación del MININT, hemos querido recoger, mediante el testimonio de algunos valerosos combatientes, parte de esa lucha.

El agente y oficial de la Seguridad del Estado, Miguel; el guardafronteras Gabino y el combatiente de Tropas Especiales, Pedro, son hombres de profunda raíz popular y revolucionaria. Ellos son una muestra representativa de los valores que nutrieron las filas del Ministerio del Interior.

EL AUTOR

Y los hombres confundieron sus cuerpos, se transformaron en vapor de sangre, cruzaron el espacio, se vistieron de honra, y llegaron al lado del pueblo que dormía, y cantaron.

JOSÉ MARTÍ

LO MIO ES EL MAR

Testimonio del fundador de las Tropas
Comunistas de la Sierra Daniel Jorge Cárden,
Gabino

Danielito se acercó al mostrador. Puso el codo sobre la vieja y curada tabla de caoba que se extendía a lo largo, y sobre la que pasaban de unas a otras manos, alimentos y blauterías, a cambio de dinero. No siempre dinero. En ocasiones, la mano que apretaba los víveres no entregaba nada; la boca de su dueño se movía, suplicante y lastimera. Entonces, el bodeguero tomaba un estropeado cuaderno y anotaba.

Hoy, Danielito, contrario a su costumbre, se muestra paciente y silencioso. A ratos ladea su cabeza y con miradas escurridizas examina a los presentes.

—¿Cuándo carajo se irán? —pensaba.

Ya cala la tarde y los últimos marchantas de Tito Núñez —el bodeguero de la esquina, del pueblecito de Isabela de Sagua, donde había nacido y crecido Danielito—, terminadas sus compras, marchaban a casa.

—Danielito, dile a tu madre que ya no le puedo fiar más este mes; me debo diez pesos.

Con los ojos asustados y el cuerpo tembloroso —que le hizo pensar al bodeguero que el muchacho tenía fiebre—, Danielito logró articular entrecortada frase:

—¡No, Tito, no vengo a pedirle nada!

—¿Y qué quieres entonces? —preguntó el bodeguero, al tiempo que se acercaba al muchacho, no para escuchar su respuesta, sino para coger un queso blanco que yacía justamente debajo de aquella esquina del mostrador, y que, entre paréntesis, seguía con igual tamaño que ayer.

—¡Tito! —comenzó a pronunciar el niño, casi en susurro pero con voz firme, al tiempo que acercaba su cuerpo ya en desarrollo.

—¿Quieres comprar un bono del 26?

El queso retornó violentamente a su sitio. Tito Núñez abrió los ojos en toda su dimensión y su cara se inyectó de adrenalina, entonces le gritó en incoherente voz:

—¡Tú estás loco!

Transcurridos unos minutos, Daniel salió corriendo de la bodega, como solía andar. Su rostro sonriente y la mano dentro del bolsillo apretando con fuerza cinco pesos.

...era su primera acción revolucionaria.

Como Daniel habla otros. Su niñez es una historia mil veces conocida, pero que siempre será bueno recordar. No pudo asistir a la escuela y desde muy pequeño se vio obligado a trabajar. Se hizo pescador y a los catorce años era «caballo» de estiba en el puerto de Isabela de Sagua, su pueblo natal. Para embolsarse cinco pesos tenía que estibar mil trescientos sacos de azúcar en las bodegas de los barcos. Ni siquiera para acostarse con el estómago caliente alcanzaba. Era necesario realizar otras faenas extras. Daniel lo hacía con la pila y la starraya. Y por cada libra de pargo fresco, tres centavos. ¡Cómo habla que pescari

En los puertos, el trabajo es muy social. El hombre se identifica, conoce que sus penas son las de muchos y poco a poco comprende que las fuerzas de sus hombros no sólo sostienen los sacos, sino las riquezas de los que le oprimen.

Danielito conoció a Tapia; y Tapia era comunista, que es decir luchador social. Se identificó con sus ideas y mediante él tuvo sus primeros contactos con el Movimiento 26 de Julio (M-26-7).

La primera misión que le entregaron fue vender bonos entre sus conocidos. Después siguen otras: trueque de armas, propaganda y, por fin, la primera acción callente, la quema de un taller en Sagua combinándola con un sabotaje al tendido eléctrico. Participan Tapia, Eddy y Daniel, quien vigila la carretera, a la altura de la Colonia Española. En la cintura, oculto, un revólver calibre 38 y dos cargas de bala. En el pecho, un corazón tierno y ansioso.

Al rato de permanecer allí, vio la llamarada que parecía lanzar al espacio el taller devorado. Daniel sonrió. Parecía como si las llamas le hubiesen alcanzado y abrazado.

Apenas realizada esta acción, cuando el joven ya se presentaba ante sus compañeros con el pecho hinchado y mirada fruncida, creyéndose todo un hombre, ordenaron al grupo la voladura del centro telefónico de Isabela.

—Tú vigilarás la carretera. Igual que el otro día —le dijo Tapia.

Daniel no respondió, pero ya parado al pie del camino, cumpliendo su misión, pensaba que le subestimaban.

«Yo no estoy para cuidar carreteras. Tapia sabe que soy buen tirador.»

Un sonido seco y grave, que le pareció un disparo, le sacó de su monólogo. Sintió un miedo atroz y sin pensarlo dos veces echó a correr. Se trabó en la cerca. Sudando frío dio un tirón a la pila y dejando

un pedazo de su ropa en las alambres, le pareció que estas golpeaban al tesorero.

Así fue su bautismo de fuego. Ahora comprendía realmente lo que significaba ser combatiente clandestino. Y Daniel aprendió el oficio de revolucionario con rapidez y destreza. Luego cayó preso por sospechas. Lo fueron a buscar a su casa. La escena no se lo olvidaría jamás: la madre llorando, suplicándole a los esbirros que no se lo llevaran.

Cuando subió al jeep le miró y notó que su mirada se había transformado, ya no lloraba. Recordó que así le miraba cuando le hablaba de ser recto y firme y de no tener miedo a nadie. Pero esta vez y como siempre sus ojos se extendieron y se arrojaron al hijo.

Varios días después lo pusieron en libertad. Se había graduado del primer grado en el oficio.

—¡Abajo Batista!

—¡Basta de crímenes y atropellos!

—¡Viva la huelga!

—¡Viva el 26 de Julio!

Ernesto Mora, jefe del Movimiento 26 de Julio en Sagua la Grande, había finalizado así su improvisado, breve y emocionado discurso. En la pequeña plaza varias centenares de hombres y mujeres, con los rostros impresionados, aplaudieron y gritaron. Era el 8 de abril de 1958, día de la huelga general organizada por el Movimiento y su líder indiscutible, el comandante Fidel Castro.

Cerca de Mora, un hombre alto y corpulento, contemplaba la escena, sosteniendo entre sus brazos su fusil. Era Daniel, jefe de una cédula clandestina del M-26-7 en la región. Sabotajes, lanzamiento de cadenas sobre los transformadores de electricidad, petardos y bom-

bas, figuraban en su larga hoja de servicio insurreccional.

El día anterior, 8 de abril, se habían reunido todos los jefes en casa de Mora para ultimar los detalles de la huelga.

—Walfrido y Daniel —había comenzado Mora dirigiéndose a estos dos—, hoy en la madrugada espereamos un cargamento de armas que la gente de Prio nos envía para apoyar la huelga. Estas armas son muy importantes para las acciones de mañana. Es necesario que ustedes las reciban en Cayo Cristo y al amanecer tienen que estar aquí con ellas. Fíjense bien, sin esas armas la cosa mañana será muy, pero muy dura. ¿Entienden? —Daniel afirmó con un gesto, mientras llevaba su mano derecha a la cabeza acariciándosele suavemente. Sabía que lo habían escogido por ser muy conocedor de esas caerías.

A las dos de la madrugada el pequeño grupo de hombres, miraba desesperado hacia el horizonte iluminado por la luna, con la esperanza de divisar la anclada embarcación que traía las armas. Pero esta no llegaba.

—Walfrido, ¿vendrán? —preguntó Daniel, anhelando que la respuesta fuera una mentira.

—No lo sé, Daniel, pero no confío en Prio ni en su gente.

—¿Y por qué Fidel tiene tratos con él?

—Si le preguntas a Tapia te dirá que es una alianza táctica; Prio tiene el dinero que se robó y a Fidel le hace falta para la Revolución.

—¿Y tú qué crees?

—Que Tapia sabe de esto más que tú y yo.

Daniel se apartó de su compañero y espantándose los mosquitos miró al cielo estrellado.

•Me gustan las estrellas —pensó—, me gustan más que las flores.

-A la vieja le gustan las flores, pero a mí no —el pensamiento de Daniel dio riendas sueltas y el coloquio interior continuó—: ...a ningún pecador le pueden gustar las flores. Las estrellas son más lindas..., las estrellas son las flores del cielo.

-¿Cómo será lo de mañana?, quizás triunfemos. Y, ¿cómo será después del triunfo?, ¿qué haré yo? Dice Tapia que todo será de todos. Entonces yo pescaré para todos y ellos me darán de lo suyo. Como sea, el mar no lo dejo.

-Así soñaba, así, así. Así soñaba que yo lo vi... ¡Uff!, eso me cantaba la vieja cuando era niño. Coño, cómo estará la vieja ahora.

-Si se cayera Batista mañana. La cosa será dura. Hace cinco días que no sé de la vieja. Le prometí unos pescados. ¡Cómo están los mosquitos, y este cabrón mangle! —Daniel se abofetó con fuerza, aplastando dos grandes mosquitos, uno de los cuales dejó la sangre sobre su mejilla. Su pensamiento corría veloz. Se sentía desesperado. No le gustaba esperar.

Cuando los rayos del sol comenzaron a penetrar en la bóveda azulada tiñéndola con fuego de rojo y amarillo, Daniel y el resto de los compañeros decidieron regresar. Apesadumbrados, enfilaron rumbo al puerto de Isabela.

Al penetrar en el colegio de los jesuitas —convertido en cuartel general de la huelga y el levantamiento popular—, Daniel comprendió que aquello nada ni nadie lo podía detener. Se sentía eufórico. En el cuartel revolucionario reinaba una gran agitación.

—¡Las armas se las quitaremos al enemigo! —les contestó Mora cuando le informaron que no habían llegado. Era visible su alteración. Órdenes, gritos, consignas, abrazos.

—Ustedes organicen el cierre de las carreteras y ayuden a cerrar los establecimientos de los batistianos. —El rostro de Daniel enrojeció. Sus músculos se agitaron y salió de aquel lugar a pasos acelerados, pero

cuando llegó a la puerta se lanzó a correr. Con sus hombres recorrió las principales calles del pueblo cerrando establecimientos, orientando a los grupos de ciudadanos que deseosos de cooperar se aglomeraban en las calles.

Al desembocar por una calle se encontró casi de bruces con un policía que blandía en sus manos una pistola 45.

Con agilidad y maestría sacmbrosa, Daniel ladó su cuerpo para afrecerse menos y levantando su revólver disparó dos veces. El policía cayó. Por unos instantes Daniel quedó inmóvil, fija la mirada en aquel cuerpo rígido. Era el primer hombre que mataba, y aunque sabía que era un esbirro, de momento parecía olvidarlo todo y presentía sentir... no, no llegó a sentir nada; nuevos disparos lejanos lo sacaron de aquel entumecimiento y abalanzándose sobre el cadáver, tomó la pistola y corrió en dirección a la salida del pueblo.

Después de organizar el cierre de la carretera, se unió a los combatientes que trataban infructuosamente de tomar por asalto el cuartel de la Guardia Rural. Había instalada una ametralladora calibre 50 que barría constantemente la calle, haciendo saltar los pedazos del pavimento y cegando a los compañeros que intentaban franquear esa barrera de muerte. La desproporción era descomunal.

Con excepción del cuartel todo el pueblo cayó en manos del Movimiento, permaneciendo libre por espacio de treinta y dos horas. Ese mismo día, por la tarde, se efectuó un mitin en el parque.

Cuando Daniel escuchó las palabras finales de Ernesto Mora y los aplausos entre vivos a la huelga y al 26, sintió que la emoción le oprimía el pecho, como si la mano de la patria adolorida y tralcionada se agarrase a su corazón para no volver a la oscura noche de la tiranía. Sus compañeros muertos le acompañaron en ese instante.

Al amanecer del día siguiente comenzó el bombardeo de los aviones B 26; los refuerzos del ejército boliviano penetraron por el sur de la ciudad.

—¡Retírate!

El grupo de Daniel cumplió la orden, mientras escuchaban el combate que sostenían contra los refuerzos de la tiranía el compañero Joelito Cruz y un reducido grupo de hombres. A todos les costó la vida.

Cerca del río, Daniel, Manolo y Santana se vieron sorprendidos por un ataque de la aviación que los había descubierta. Pudieron salvarse al lanzarse al río. Nadaron durante dos horas, hasta quedar exhaustos. Las armas se perdieron.

Ya en tierra decidieron aproximarse a un bohío. Lo habitaba gente humilde. Fueron bien recibidos. Comieron un plato de harina. No hablaron, pero todos tenían el mismo pensamiento: el fracaso.

—Es mejor esperar la noche y separarnos —dijo Daniel y agregó—: el problema es esconderse unos días y después regresar al pueblo. Los demás salieron.

El último en despedirse de Daniel, fue Galileo, el médico. Se abrazaron y Daniel quedó solo junto al río. Tenía ya decidido huir a través de él. Se lanzó al agua y comenzó a nadar con ritmo acompasado. Nadaba a favor de la corriente y en pocos minutos avanzó un tramo considerable. En la medida que se alejaba se sentía más confiado creyendo que dejaba a los guardias atrás.

Después de avanzar unos cinco kilómetros y al aproximarse a un recodo que formaba el río escuchó un rufago. Las balas silbaron por sobre su cabeza. Como un resaca se detuvo.

—¡Ahora al estoy completo!

Las balas picaron más cerca viendo cómo saltaban los pedazos de rocas. Varias astillas chocaron en su cuerpo produciéndole una sensación de ardor muy intenso pero fugaz.

Sintió que tiraban con fuerza de su pelo. Era un guardia que lo agarró por el cabello. Lo sacaron del agua y comenzaron a golpearlo.

—¡Ay! —gritó quejoso. La culata de un fusil se había estrellado contra su columna vertebral en la zona del coxis.

—¡Hijo'e puta!, tú eres de la gente de la huelga. ¡Tú eres de los revoltosos!

—¡Ay, ay!

Cada golpe le hacía brotar ese lamento de sus labios. Daniel sintió la sangre correr por entre sus piernas. Se palpó. La sangre brotaba del ano.

—Cúranme —pareció suplicarle a sus captores, cuatro soldados, dirigidos por un tipo corpulento con un rostro que parecía confirmar la tesis de Lombroso.

—¡Qué te cure tu madre!

Al ver que la sangre no se contenía, Daniel arrancó un pedazo de tela del pantalón y enrollándolo, se taponeó.

Lo condujeron a Isabela de Sagua. Al llegar al cuartel fue encerrado en un oscuro y estrecho calabozo donde ya se encontraban cuatro compañeros.

Comenzaron los interrogatorios. Daniel no habló. A las preguntas que le formulaban daba el silencio como única respuesta. Sus ojos se movían inquietos, paseándose entre los torturadores. El instinto de conservación lo hacía pensar que mirando venir el golpe podría rechazarlo con su mirada.

Las únicas palabras que pronunció fueron para aconsejar a otro compañero que, al ser golpeado, lanzaba fuertes palabras contra los esbirros exasperando la ira de estos.

Después de varias semanas de encierro durante las cuales pensó que no volvería a ver las estrellas ni el mar, recobró la libertad. No le pudieron probar su participación en los hechos. Le dijeron que no podía trabajar más en el pueblo y que si lo volvían a ver en el puerto, lo mataban.

Salió de la cárcel temprano en la mañana y a las pocas horas preparó una embarcación y se fue para su refugio: los cayos. Por la noche la Policía se presentó en su casa. Dejarlo en libertad y detenerlo a las pocas horas era señal inequívoca de muerte. Si esa noche Daniel se hubiera encontrado en su casa, al día siguiente su cuerpo sin vida hubiese aparecido abandonado en las cercanías del pueblo, horriblemente mutilado.

—¡Está pescando! —contestó la madre.

—¿Dónde? —inquirió el asesino.

La madre le miró sin responderle. Sus ojos serenos parecían clavarse en el alma corroída del que pretendía arrancarle sus entrañas. El policía comprendió que había hecho una pregunta que nunca tendría por respuesta la verdad, dio la espalda y con desganó se marchó.

Cuando supo esto, Daniel decidió pedir permiso a la dirección del Movimiento para marchar a las lomas. Su situación en el llano era insostenible. Se entrevistó con Mora; pero este le explicó que Fidel avanzaba en la Sierra; se abrían otros frentes y que el apoyo de la ciudad era muy importante y decisivo en los días venideros.

—¿Estás apendejado? —La pregunta de Mora no le gustó y este lo comprendió. Por eso se apresuró a continuar.

—Tú eres necesario en la ciudad. Después de la huelga muchos jóvenes se han incorporado al Movimiento; están deseosos de actuar, pero resultan inexpertos. Tienes que enseñarlos. Te quedas aquí.

Daniel pasó a la vida clandestina. Continuó en la lucha y a finales del año 1958, al frente de sus hombres apoyó la entrada del comandante Che Guevara a Santa Clara. Ahí se encontró con su gran compañero Tapia,

maestro y guía de antaño. Todos han tenido alguien que los inicia y el agradecimiento hacia él es eterno.

El Primero de Enero participa en la toma del cuartel de Sagua.

¡Ahora sí entraron! Tomó el mando de un pelotón del Ejército Rebelde y cumplió diversas misiones en esos ya legendarios e históricos días de enero.

—¡Preparen, apunten... fuego!

El esbirro, asesino de los mejores hijos del pueblo, se desplomó.

—¡Descansen, armas!... ¡Porteen, armas!... ¡Derecha, drel...

—¡De frente, march!... ¡Anann... dos... tres!

El pelotón de fuellamiento comenzó a marchar, alejándose del lugar. A su frente, encabezando la marcha un hombre corpulento perdía su mirada en el horizonte que en alegre y colorido amanecer parecía saludar la nueva vida. Con el rostro sereno, Daniel miraba hacia el futuro.

Pero, ¿quién es este hombre?, ¿desde cuándo está luchando?, ¿cuántos años tiene?

Daniel Jorge Cerón, natural del puerto de Isabela de Sagua, milita en el Movimiento 26 de Julio desde 1957. Tiene en esa fecha... dieciocho años.

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino calurosa y oscura la noche. Daniel se detuvo en el portal de la casa. Miró a su alrededor, mientras tocaba con la aldea la puerta. Al abrirla esta, saludó con cortesía a la mujer. La esposa del Bruto le dijo que este lo esperaba desde hacía rato.

—¿Para qué me mandaste a bucar? —preguntó Daniel mientras detenía su vista en la ventana cerrada.

—¡Quiero arreglar las cosas contigo de una vez y para siempre! —El tono del Bruto no le gustó a Daniel y sintió cómo el sudor bajaba por su rostro. Trató de controlarse y en un esfuerzo por aparentar lo que no sentía le dijo:

—Y para eso tanto misterio.

—¡Micaela, trae café! —vociferó el Bruto y con un gesto le indicó a Daniel que se sentara. Este se acomodó en el taburete y apoyó los brazos sobre la mesa. Del otro lado el Bruto apoyándose en la punta de los pies reclinaba el suyo y acomodaba su mano, en gesto provocativo, sobre la empuñadura de una pistola.

—¡Tú eres de la Seguridad y te voy a romper!

Daniel Jorge Carán, más conocido por el pseudónimo de Gabino, siguiendo instrucciones de la Seguridad del Estado se había infiltrado en una banda de alzados, dirigida por el bandido Nando Lima, que operaba en el Escambray. Después de un combate con tropas al mando del comandante Pinares en el que murió el jefe y otros bandidos, se dio por terminada la misión.

El 25 de diciembre de 1960 bajó a Trinidad y continuando en este peligroso y necesario juego, llegó a su pueblo natal Segua la Grande y estableció contacto con una red de agentes de la CIA. Desde entonces había transcurrido un año.

—No seas bobo, Bruto.

La respuesta de Gabino irritó más al Bruto que casi le gritó:

—¿Y quién cojones sino tú pudo liquidar a la gente de Nando Lima?

Gabino se levantó bruscamente del taburete y haciendo un esfuerzo por indignarse le dijo, aumentando el tono de su voz:

—Tú sabes bien que Pinares hacía rato lo andaba cazando...

—¿Y por qué como te salvaste tú solo?

—... Porque me lancé por una toma desde una altura de casi veinte metros y los otros se apendieron.

La ofensiva del Bruto pareció perder fuerza. Gabino quiso continuar, pero el Bruto se adelantó.

—No, Gabino, de esa librate, pero de la que nos hiciste cuando Girón no, de esa no...

—Aquello sí fue un fallo —pensó Gabino. Pero recordándose se dispuso a repetir lo que había dicho siempre sobre aquel hecho.

—La gente de la Seguridad me sacó de la celda para hacerles creer que yo era agente. Tú crees que si yo fuera un hombre de ellos se hubieran metido en la celda y delante de todos me trasladan para otra, a mí solo. ¡No, Bruto, no seas comemierda!

Sobre el techo de guano comenzó a caer la lluvia. El calor se hizo más intenso. El Bruto comenzó a reír, mientras Gabino lo miraba con el ceño fruncido; presentía que el desenlace estaba cerca.

—¿De qué te ríes? —preguntó Gabino para romper el silencio que aumentaba su inquietud.

—De la lluvia. Me viene calda del cielo.

Gabino no reparó en ese detalle. Los ojos del Bruto se inyectaron de sangre y miraron con odio a Gabino, quien trataba de mantenerse sereno. De pronto se rompió el silencio.

—Desde que te ligaste a nosotros todo nos ha salido mal: cogieron a Elio Lingo, a Octavio, al Chino; descubrieron la planta, ocuparon las armas ocultas y a ti nunca te pasó nada... —Mientras hablaba el Bruto ex-

trajo la pistola del empuje y comenzó a buscar el corazón de Gabino. El Bruto estaba excitado.

—Ni siquiera tienes miedo, mientras nosotros nos escondemos.

—Porque son unos maricones —gritó Gabino con el rostro controlado y se incorporó. Había perdido su serenidad.

—Te voy a matar.

—Tú eres muy maricón para matarme hijo de p...

En ese instante Gabino sintió que una fuerza invisible lo alzaba. Sólo entonces escuchó el disparo. Cayó de espaldas sobre el piso de cemento, golpeándose la cabeza. Trató de concluir la frase, pero por su boca brotó un espeso cuálgulo de sangre; estornudó con fuerza y la sangre brotó más fuerte. Su vista se nubló y comenzó a convulsionarse, mientras pensaba que la lluvia había impedido que el ruido del disparo se oyera fuera de la casa.

La bala 45, disparada a quemarropa, le interesó las costillas y siguió una dirección horizontal, ligeramente de izquierda a derecha, atravesándole el pulmón y se alojó en la octava vértebra dorsal. Durante dos semanas se debatió entre la vida y la muerte imponiéndose finalmente su fuerte constitución física; según dijeron los médicos a la madre. Y aún debió permanecer nueve meses en el hospital; pero sólo bastó que recobrar el conocimiento para conocer que seguiría haciendo: «Todavía me queda mucho por hacer» —así le dijo a su madre. Después fue a visitarlo el oficial de la Seguridad:

—No debiste haber ido a la entrevista. El Bruto era el que más sospechaba de ti —dijo el oficial cuando se decidió a entrar en materia.

—No era tan bruto el hombre —se le escuchó con esfuerzo a Gabino.

—¿Y qué evidencia te dio para demostrarme que trabajas para nosotros?

—Fue lo de Girón. Aquello fue un error; cuando regresé a la celda empezaron a tratarme con recelo.

Gabino decía la verdad. Aquella medida fue un error. La entrevista se pudo preparar de otra forma, más profesionalmente. Pero no había experiencia y la necesidad de defender a la Revolución apremiaba. Gabino conocía el paradero de algunos encartados que aún no habían sido localizados y corrían los días de abril; se esperaba la invasión.

La Seguridad del Estado había surgido unos meses antes y sus hombres se enfrentaban sin experiencia a esta guerra subterránea. Coraje frente a técnica y medios sofisticados para el crimen y la subversión. Ese era el dilema.

—Pero, fíjate bien, si tuviere que hacerlo otra vez, lo haría. Por la Revolución, lo que sea.

Los últimos meses de convalecencia fueron difíciles para Gabino. Estaba acostumbrado a la actividad y ahora debía permanecer casi todo el día acostado. La única vez en su vida que se sentía inútil. Desde muy joven se había incorporado a la lucha y al trabajo. Cuando triunfó la Revolución continuó combatiendo, ahora por preservar la victoria. Participó en la captura y fusilamiento de esbirros de la tiranía. Después fue seleccionado para integrar un grupo de la contrainteligencia que servía de apoyo a los agentes de la Seguridad que contactaban en pleno monte con los alzados. Gabino debía permanecer cerca, oculto entre los árboles, apuntando a los enemigos. Si la situación se ponía fea para el agente nuestro y peligraba su vida, Gabino actuaba. En aquel entonces trepa con una ametralladora pesada sosteniéndola entre sus brazos. Después le plantean infiltrarse en la banda de alzados. En estos trajes fueron sorprendidos por tropas del comandante Pinareo y Gabino salva la vida por su arrojo al saltar a un precipicio. Horas después lo captura el segundo cerco y lo llevan donde Pinareo. Buen suato se llevó porque Pinareo no le creyó. Cuando se aclara

la situación el comandante, sonriendo, le dice que ese día «tenía el Fal que no se quería».

La misión siguiente fue penetrar la organización contrarrevolucionaria de Elio Lingo. Después de algunos meses se operó con éxito. Les ocuparon una planta de transmitir, armas y cayeron presos su cabecilla y otros miembros.

Gabino ha logrado desarticular una banda de la CIA y tiene en su expediente la captura de varios agentes de esta. Pero en lo adelante se enfrentará a esta guerra de otra forma que le resulta más familiar.

Cuando sale del hospital, después del atentado contra su vida le proponen ingresar como oficial en la Seguridad del Estado, pero rechaza la oferta: «La mía es el mar» —responde.

DE FRENTE AL MAR

En 1960 se crea el Departamento de Vigilancia de Puertos y Costas. Los ataques piratas contra nuestro territorio se incrementaron en ese año como consecuencia de la guerra no declarada, impuesta a la Revolución por el gobierno de Estados Unidos. Antes de 1959 no existía ningún órgano encargado de la vigilancia de nuestras fronteras marítimas. La pseudorepública no estaba autorizada, para ello, por su amo yanqui.

Por esta razón, los pioneros de las Tropas Guardafronteras se dieron a la tarea de enfrentar las agresiones y sobre la marcha perfeccionar los métodos del enfrentamiento. Sus primeros jefes tomaron una sabia decisión: integrar las filas del cuerpo con pescadores. Esto dio muy buenos resultados. No hubo caídas, por lejana e intrincada que quedara sin registrar; ni canales lejanos que sirviera de refugio seguro a los piratas.

En lo adelante la Revolución se defendería desde los límites mismos de sus aguas jurisdiccionales.

CAIBARIÉN, JULIO DE 1964

Participa de la reunión el capitán Payret, nuevo jefe provincial de Tropas Guardafronteras. Informa el teniente Gabino, jefe de la unidad de lancha de Segua. Las referencias que Payret tiene sobre este son muy buenas y se las ha brindado un compañero que no se caracteriza por alabar, el capitán Olo Pantoja, fundador y jefe del Departamento de Lucha Contra Piratas, rebautizado en 1963 definitivamente con el nombre de Tropas Guardafronteras.

Gabino explica a Payret las innovaciones que ha hecho en su unidad desde su nombramiento. Refiere que antes perdían efectivamente al tener que depender de la Marina de Guerra en sus operaciones, pues ellos no tenían recursos. Entonces se dio a la tarea de crear sus fuerzas y medios propios, adaptándolos al **modus operandi** del enemigo. Así seleccionó un grupo de yates expropiados a los burgueses y los artillos; seleccionó varios teams de hombres renos para el rastreo del fondo marino en busca de escondrijos y el abordaje de embarcaciones enemigas. La tripulación de las lanchas rápidas estaba compuesta por un timonel y dos artilleros. La táctica de operar consistía en cercar la zona donde se presumía estaba el enemigo con las unidades de superficie más pesadas y las lanchas rápidas entraban en la zona a liquidarlo.

El capitán Payret pensó que teóricamente la estructura de la unidad era buena, sólo faltaba comprobarla.

Y ese mismo día acontecieron hechos que le demostraron la elevada capacidad combativa de la tropa y el arrojo de su jefe. Alrededor de las cinco de la tarde llegó un pescador e informó que había detectado

unos infiltrados; ofrece detalles del encuentro e incluso expresa que se ganó la confianza de estos, de tal forma que le dieron un mensaje para llevárselo a un agente de la CIA en la zona. Esa fue la oportunidad que aprovechó para informar a Guardafronteras.

Rápidamente salen rumbo al cayo Escardón dos lanchas rápidas, reforzadas por los participantes de aquella reunión. Ya entrada la noche hacen contacto con los agentes enemigos. Intercambian disparos, pero los piratas logran darse a la fuga. Gabino sabe que no podrán avanzar mucho pues de noche por los cayos no se puede caminar, el mangle rojo y las cortadas de los ostiones hacen imposible la marcha.

Esporádicamente las lanchas grandes que se habían ubicado frente al cayo lanzan luces de bengala y disparan contra el mangle. Esto mantiene tensos a los bandidos. Aquella noche el mar estaba agitado, posiblemente con fuerza 4.

Al amanecer los combatientes comienzan a pelear el cayo. Pasado un rato ven ocultos entre el follaje a dos hombres. No cabe dudas, son ellos. Gabino se lanza de bruces sobre la tierra húmeda y cuando los tiene en la mirilla de su Fal les grita que se rindan. Segundos después los agentes lanzan dos fusiles y dos pistolas y se incorporan con los brazos en alto. Gabino avanza, pero cuando está a varios metros de los infiltrados, una granada lanzada por otro que se mantenía oculto explota delante de una piedra que se interponía entre él y los mercenarios. Gracias a eso logró salvar la vida. La onda expansiva lo lanza hacia un costado y una piedra filosa le raja la barbilla. Pero no se percata de ello en ese instante y dando un giro comienza a disparar.

El combate fue breve pero sangriento. Cuando se hizo el silencio, el jefe de aquella tropa de guardianes se incorporó y comenzó a avanzar, pero ahora con más precaución, llevaba en su mano una granada, mas no fue necesario utilizarla. Los agentes reclutados, en-

trenados y enviados por la Agencia Central de Inteligencia del gobierno de Estados Unidos ya eran muertos. Eran tres.

Al siguiente día la Jefatura de Tropas Guardafronteras preparó un sencillo y modesto homenaje a Gabino, no sólo por la valentía demostrada el día anterior, sino porque le había roto las intenciones a la CIA: convertir esta faja costera en teatro de sus operaciones, haciendo de Isabela de Sagua un hueso duro de roer. Pero la actividad se interrumpe. Una lancha enemiga ha sido avistada por otro peacador. Payret sale en helicóptero y Gabino coge la embarcación ocupada en el frustrado intento de los tres agentes y navega en ella durante siete horas hasta llegar a la bahía de Cádiz. Ese día también el mar estaba pésimo. De nuevo Gabino organiza el cierre. Nadie objeta. Comienza el rastreo junto a su perra Bora, compañera inseparable de Gabino. Esta lo conduce en breves minutos hasta la guarida de los piratas que se rinden sin oponer resistencia.

En los archivos de la Dirección General de Tropas Guardafronteras se considera aquella jornada como una operación relámpago. Pero aún hay más. Cuando se prestan a regresar, una nueva información los lleva frente al cayo. Payret va por tierra y Gabino por mar. Cuando divisa la embarcación enemiga toda pintada de negro piensa que al capturarla la llamará «la pirata negra». Se sitúa junto a ella y salta a bordo, pero con asombro ve a dos hombres durmiendo plácidamente: aquel sobre un fusil Garand y este anroscado en una ametralladora M-3. Gabino pega su Fal a la cabeza de uno y con suaves zarandeos lo despierta. Ya junto al otro se encontraban Payret y otro combatiente. «¿Qué pasa, dónde estamos?» —pregunta incrédulo el pirata. «Están presos en Cuba» —responde Gabino mientras lo registra acostado aún sobre el piso de fino tebar-glass. «¿Cómo que estamos presos, esto no es cayo Sal?» —ahora comprende Gabino por qué dormían tan

despreocupadamente. «¿Cómo te llamas?» —la pregunta. «Angaito» — responde; Gabino lanza una risa amplia: «Un pirata angaito» — dice.

Estos son años duros, pero Gabino no conoce otros y él sabe lo que defiende y contra quién lucha. Ese espíritu lo traslada a sus hombres que le admiran y tratan de imitarlo. En todas las unidades bajo su mando se relaciona por igual con jefes y soldados. A todos conoce por sus nombres y domina incluso los problemas personales de cada uno. Se siente entre su tropa como pez en el agua. Se interesa por todo lo concerniente a sus misiones, el estado de salud de los perros, las jaulas, el funcionamiento de los proyectores, sobre las embarcaciones. Siempre vestido de verde olivo, preferentemente en uniforme de campaña. Gabino es la estampa del guerrillero.

Cuando la situación mejora, visita a su madre y vuelve a la niñez; la visita lo regaña, le da consejos, lo entrena. Gabino asiente. Por poco tiempo abandona la unidad. Se le ordena una misión especial.

MISIÓN ESPECIAL

En la región de Tunee de Zaza se había creado una situación difícil. Una red de la CIA opera en el territorio; facilita las infiltraciones de agentes, pero no se había descubierto ninguno de sus integrantes, aunque existían sospechas de un llamado Dalmau que tenía tres hijos en Estados Unidos trabajando para el enemigo. Pero la penetración al viejo no había dado resultados. Por ello surge un plan en el cual Gabino tenía que desempeñar un importante papel. Durante varias

semanas le dan entrenamiento tipo comando que incluye el aprendizaje de algunas palabras en inglés. Después lo encierran en una celda junto con Dalmau que había sido detenido bajo sospecha de estar colaborando con la CIA. Gabino se presenta a esta como agente de la «compañía» capturado por el G-2 cuando intentaba infiltrarse. Poco a poco se va ganando la confianza del contrarrevolucionario. Un día los sacan para que Gabino indicara el lugar donde había enterrado las armas y equipos que traía. A Dalmau lo llevan pues «sospechan que estaba involucrado en las actividades de Gabino». Todo se había preparado de tal forma que Gabino se fugara matando o hiriendo a uno de los custodios con una pistola «con balas de selva».

Cuando llegan al campamento y comienzan a desenterrar las armas, Gabino aprovecha un descuido del custodio y lo derriba arrebatándole el arma, pero cuando dispara la pistola no funciona, el fulminante se había mojado. Parecía que el trabajo de meses se echaría a perder. Pero en situaciones como esta es donde Gabino demuestra sus condiciones de guerrillero. No por gusto lo habían seleccionado. Se abalanza sobre otro compañero que tenía una pistola con cartuchos de verdad y se le arrebeta, disparándole a un costado sin intenciones de herirlo, esperando que este se lance al suelo haciéndose el herido. Pero en realidad sucedió que la bala lo alcanzó en el muslo y por ello la escena siguiente cobró inusitado realismo. Gabino continuó disparando al aire mientras gritaba que se tendieran, salta, y coge un Fal. Lanza una ráfaga. Todo lo acontecido se ha producido en escasos segundos. Tan bien actúa, que otro compañero grita: «Se volvió loco, lo ha matado de verdad» —por suerte estas palabras no les alcanza a escuchar Dalmau que ya se alejaba hacia la lancha con Gabino.

Al alejarse rumbo norte escucha por la planta que el compañero herido lo trasladaban hacia el hospital y que la herida no era grave. Eso lo tranquiliza.

Se dirigieron al cayo -donde le esperaban los restantes miembros del team de la CIA-; en realidad combatientes del Ministerio, esa era la segunda fase del plan. Cuando llegaron los recibieron fumando cigarrillos americanos y tomando whisky. Dalmau abraza a Gabino y lo besa, mientras dice a los otros lo valiente que es. Ahí comenzó a dar frutos el trabajo paciente e inteligente: Dalmau lo compara con sus hijos, agentes de la CIA también, relata las veces que se han infiltrado, el lugar donde conservan las armas y la planta. Lo dice todo. Después comienza la aviación cubana a sobrevolar el cayo, desembarcan las Tropas Guardafronteras y se captura al «team de la CIA». Dalmau, dirigiéndose a Gabino le dice: «Que mala suerte, casi cuando estábamos con un pie en Estados Unidos.» Gabino piensa: «Nunca tuvo los dos pies lejos.»

UNA INFORMACIÓN MUY VALIOSA

La noche declina. Desde el horizonte la luna refleja una estela plateada sobre las olas. Metidos en el fango, confundidos con las raíces de los mangles, con la piel cortada y a merced de mosquitos y jejenes, aguardan Gabino y su compañero Chong, fusil en mano.

Conteniendo el aliento para no delatar su presencia, ven deslizarse sigilosamente una embarcación, sobre la que distinguen la silueta de tres hombres. Muchas noches llevan aguardándola. Gabino hace señas a su compañero para no disparar. Quiere tenerla más cerca. Mientras piensa...

Evidentemente la CIA había seleccionado a finales de la década del 60 el tramo costero de la isla de Sagua a Nuevitas como la dirección principal para sus infiltraciones por la región norte. Una de estas últimas,

ocurrida a finales de 1968, tendrá especial significado en la vida de Gabino.

Desde hacía varias semanas los patios operativos se referían a una lancha rondando la zona. Para darle captura, Gabino preparó la operación Espera. Situó quince lanchas camuflajeadas de pesqueros en los canales principales. Aquella noche Gabino y Chong se habían situado en el canal llamado Piedra Alta y ven aproximarse la embarcación.

Cuando la lancha pirata se sitúa paralela a la de Gabino, este da la orden de fuego. A Gabino de inmediato se le encasquilla la ametralladora 7.92; entonces lanza una granada que rebota en la proa y estalla en el agua. Se siente molesto. Ya la lancha enemiga ha comenzado a girar y el fuego arrecia. Las balas pasan por el costado y sobre la cabeza de Gabino y Chong. El Fal que ahora maneja Gabino ya tiene el cañón ardiendo, el artillero de la embarcación pirata cae al agua, muerto. En eso se escucha otro bulto que cae. La luna ilumina una cabeza humana.

—¡Voy a tirarle a ese! —grita Chong.

Gabino le ve levantar el fusil y con una mano agarra el cañón y lo alza; la ráfaga se pierde en la noche. Gabino se quema la mano. Le grita a Chong:

—A la gente no se mata así.

Dispara aún otra ráfaga sobre la lancha que se aleja, dejando atrás una estela de sangre. El que cayó al agua se aproxima nadando a la embarcación de Guardafronteras. Sacando la mitad de su cuerpo fuera, Gabino estira el brazo y le dice:

—Dame la mano. —Y el pirata se agarra fuerte a la mano quemada por el calor del cañón.

Gabino extrae de una alforjita una cinta de nylon y lo amarra. Nadie habla. El asustado pirata enmudece. Lo conducen al puesto de mando situado en otro cayo y allí, en pleno manglar, comienza el interrogatorio operativo.

—Yo soy agente de la Seguridad.

La frase deja atónico a Gabino. En todos estos años no ha escuchado nada semejante de un prisionero.

—¿Qué tú dices? —pregunta con asombro no disimulado.

—Que soy agente de la Seguridad y necesito comunicar a mis jefes una información muy importante.

Ahora la voz de aquel hombre se escucha más clara. Parece haber recobrado el vigor.

—Tú lo que eres es un mentiroso.

—Oye, está peligrando la vida de Fidel. Ponme en contacto con la gente de Seguridad.

La palabra Fidel enmudece a Gabino. Está dudoso. Entonces decide cambiar el tema.

—¿En qué vinieron?, ¿cuál era el barco madre?

—Costa a costa, sin barco madre.

—¿A qué vinieron?

—A dejar armamento, organizar una red y en eso estábamos cuando nos interceptaron ustedes. Ya habíamos hecho cinco cachés. En total enterramos unas cinco toneladas de armas.

—¿Por eso te lanzaste al agua?

—Esa era la oportunidad que esperaba.

Por ese sexto sentido policiaco que en Gabino es agudo, presente que le dice la verdad. Entonces le entrega un uniforme verde olivo seco para que se cambie de ropa. Después le entrega un fusil. Entonces le pregunta el nombre.

—Juan Felafel —responde el agente de la Seguridad, infiltrado en la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA).

Sin perder tiempo parten en una lancha rápida hacia Isabela de Sagua. Desde allí llama al despacho del delegado, el capitán Luis Felipe Denis y le informa lo acontecido. Este le dice que de inmediato se traslada al lugar. Mientras esperan conversan ya en un plano más cordial. Cuando llega el capitán Denis no cree que ese sea el detenido, vestido de verde olivo y con un fusil.

—Buena, capitán, el uniforme se lo di porque estaba tiritando de frío y el fusil la había quitado la aguja.

—Todos sonrieron.

Felafel comienza a relatar todos los hechos y las informaciones que trae, especialmente aquella relacionada con la vida del Comandante en Jefe.

—¿Y quién es el jefe de la red en esta zona?

—Lucio Benítez —responde Felafel.

—¡Mira ese hijo de puta!, disculpa, capitán. —Gabino no ha podido contenerse. Conoce hace muchos años a Lucio.

—Además, tratamos una encomienda para Lucio de una gente allá en Miami. En el próximo viaje le daríamos 12 000 dólares si nos entregaba las orejas de un tal Gabino.

—Coño, ese soy yo —Gabino no cabía en el asiento. De un brinco se incorporó y comenzó a caminar por la habitación. El delegado lo miraba de reojo mientras continuaba escuchando el relato de Felafel.

—...dándoselas de socio mío. Así que ese hijo de puta. Si hace unos días fuimos a cazar juntos. Se las daba de revolucionario.

El monólogo fue interrumpido por el delegado que ordenó la captura de los agentes y las armas.

—Capitán, Toño —así llamaban a Lucio— es mío, ese lo agarro yo.

Luis Felipe lo miró, sonrió y dio su autorización.

Corriendo se dirigió fuera de bordo, lancha muy rápida, mientras pensaba que cuando los demás llegaran allí, él tendría la gente presa y las armas desenterradas porque el jefe del Comité de Recepción de la CIA conocía todos los detalles.

Después de una hora de navegación, cortando camino a través de los canalizos conocidos, Gabino y su gente divisaron el psaquero de Toño.

—Voy a subir yo primero, cualquier cosa me tiro al agua y ustedes lanzan par de granadas para hundir el

barca —ordenó Gabino a los dos compañeros que le acompañaban.

—Gabino, mi hermano, ¿qué te trae por aquí tan temprano? —Ese fue el saludo de Toño.

—¿Has pescado muchas lisas? —le preguntó Gabino mientras subía a bordo. Felafel le había dicho que Toño llevaba una pistola Browning en la caca y que era la única arma a bordo. El resto las habían enterrado.

—No hemos cogido nada, sólo cuatro lisas.

«Cómo van a pescar», pensó Gabino y dijo:

—Se ve que yo no estoy pescando contigo. Pero hoy el que está de suerte para la pesca soy yo.

—Qué pasa Gabino, te noto extraño.

Lucio Benítez estaba nervioso. La mirada de Gabino no le gustaba y mucho menos que estuviera acariciando la funda de su pistola. Comenzó a ponerse blanco.

—Tú sabes que te voy a matar —le dijo Gabino al tiempo que desenfundaba. Ya Chong y Miguel encabanaban a los otros agentes.

—Coño, Gabino, te has vuelto loco. Tú eres mi socio.

Al oír eso, Gabino sintió cómo su sangre le hervía y sin contenerse le disparó. La bala abrió un hueco en el techo de la embarcación. Entonces le dijo:

—Dame acá la pistola que tienes en la caca.

—Coño, por tu madre, Gabino, no me mates.

—Lo único que necesito es que me digas los sitios donde están los cinco cachés, incluyendo el último que enterraste a las tres de la madrugada.

—Gabino, ¿pero tú sabes todo eso?

El desplome de Lucio Benítez era total. Gabino sabía que no le ocultaría nada ni intentaría ningún juego sucio.

Cuando varias horas después llegó el resto de la gente, Gabino ya tenía desenterrado tres cachés. Se

necesitaron dos camiones para trasladar tal cantidad de armas.

Gabino no volvió a encontrarse con Felafel, pero en el recuerdo de ambos aquella noche jamás se olvidará. Era muy valiosa la información que trajo Felafel... Días después el traidor Cubelas confesaba que la CIA lo había reclutado para asesinar a Fidel.

Semanas atrás, el «agente de la CIA, Juan Felafel, había practicado con el fusil especial que se utilizaría en el atentado».

EL FLACO

En la mañana del domingo 9 de octubre de 1966 una noticia opaca le alegró el día feriado.

El periódico *Granma* refleja en primera plana y en grandes titulares:

NUEVO CRIMEN IMPERIALISTA Y DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

Mueren 45 personas al zozobrar embarcación en que iban hacia Estados Unidos.

«Cinco niños y ocho mujeres, por lo menos, entre ellos (...). La embarcación, propiedad de un cubano residente en Miami, zozobró cerca de Cayo Hueso, a causa de las marejadas del huracán Inés (...). El dueño de la embarcación y único sobreviviente, Enrique González, conocido por el Flaco, declaró en Miami que les cobraba mil dólares por el traslado clandestino a Estados Unidos...»

Un año después, cuando aún no se había borrado la imagen de aquel triste e indignante recuerdo...

Bajo una arboleda, acariciados por la suave brisa invernal que llegaba de la cercana costa, Gabino y sus compañeros almuerzan.

Desde muy temprano en la mañana recorrían las unidades de Guardafronteras. La Jefatura inspeccionaba el territorio del ter. teniente Daniel Jorge Carán, Gabino.

Algo retirado de la mesa contemplaba la escena un viejo pescador, integrante de los destacamentos "Mirando al mar", fuerza auxiliar muy efectiva.

De pronto, la silueta de un hombre aparecido en el camino alteró la tranquilidad de aquella gente. Venía aprisa y se notaba agitado.

—Cono, si es el gallego —pronunció Gabino al tiempo que ledeaba su cuerpo para sacar las piernas por encima del banco y ponerse de pie.

—Al fin te encontré, caraño —exclamó con la respiración cortada el recién llegado. Alguien acercó un vaso de agua.

—Buena, habla, canta rápido —Gabino se impacientaba.

—Anoche senti bulla en casa de los testigos de Jehová y no pude dormir con eso adentro. Tú sabes que esa gente es muy rara y no está con esto. —En los ojos de Gabino el recién llegado leyó la ansiedad característica de estos momentos y aceleró su exposición:

—...Entonces hoy por la mañana, con el pretexto de llevarles café me metí en la casa y vi un hombre en el cuarto, alto y fuerte como tú y vestido de verde olivo, pero la funda de la pistola era amarilla.

Por la mente de Gabino pasa como un relámpago el ruido de una lancha que sus hombres escucharon días atrás por el Paso de la Langosta y el lugar está cerca de la casa de los testigos. En breves minutos

quedó acordada la acción: Miguel, jefe de operaciones de la provincia, y él partían hacia allí.

Cuando llegaron, se dividieron: Miguel avanzaría sobre la casa por el fondo y Gabino con Marcelo por el frente. A la señal de Gabino avanzan, pero a los pocos pasos comienzan a tirar desde la casa. Gabino ve caer a Marcelo. Trata de cubrirlo disparando una ráfaga completa, carga y descarga otra. Entonces se incorpora y viendo que la herida de Marcelo es a sedal le grita que lo cubra, mientras emprende veloz carrera hacia la casa. De una patada tumba la puerta y ve el cuadro final de la escaramuza: uno de los bandidos yace muerto en un enorme charco de sangre, la perra Bora mordía a otro que luchaba por quitársela de encima y Miguel encañonaba al tercero. Había entrado por el fondo.

Sin perder tiempo Gabino la emprende con los sobrevivientes:

—¿A qué hora y por dónde desembarcaron? ¿Cuántos son?

El pirata miró a su socio y al unísono ambos empezaron a hablar. Gabino tuvo que mandar a calar a uno. Entonces el otro prosiguió:

—...y nos infiltramos cuatro. Además, Masino y Córdoba se encuentran en cayo Aguado en la lancha intermedia.

—¿Y dónde está el otro que desembarcó con ustedes? —preguntó Gabino.

—En La Habana, fue a recoger un grupo de elementos para sacarlos del país.

—¿Cómo se llama?

—Yo no sé su nombre. Lo conozco por el Flaco.

Gabino y Miguel se miraron durante unos segundos. Por su mente, sin saberlo, pasaron los mismos cadáveres de aquellos niños devorados por los tiburones.

—Se cagó en su madre. Ahora no se nos escapa —exclamó Gabino dando un golpe con su puño sobre la mesa.

Decidieron enviar a uno de los prisioneros para Calbarión y mandaron a buscar el grupo operativo. Horas después llegan a Cayo Aguado. Por telex cifrado comunicaron a La Habana la presencia y los planes del Flaco. El G-2 debía ubicarlo.

Al amanecer del siguiente día comienza el cierre del cay. Llevan de práctico a uno de los agentes capturados el día anterior. Al resto, camuflajeada entre las mangías, encontraron la lancha, pero no había nadie.

Después de inspeccionar los alrededores, Gabino, dirigiéndose al guía, le dice:

—Los dos socios tuyos no deben andar lejos. Grítalos y explícales cuál es la situación y lo que les sucederá si no se entregan. Grita bien alto, coño.

El mercenario comenzó a hablar y sus palabras llegaron a los oídos de los asustados agentes del Imperialismo que en breve salieron con las manos en alto.

De inmediato trasladaron a los prisioneros hacia la Jefatura donde les esperaba el delegado de la provincia, capitán Luis Felipe Denis. Después del parte, Denis, dirigiéndose a Gabino, le dijo:

—Yo me llevo a estos; encárgate tú de dar cumplimiento a la tercera parte del plan.

—Gracias, capitán, por entregarme esa misión —dijo Gabino con cierto tartamudeo. Sabía que esta parte del trabajo se refería a la captura del Flaco. Después de lo que conocía sobre este vulgar asesino y agente de la CIA, Gabino pensó que esa era una de las misiones más importantes que le habían entregado. Y no eran pocas las cumplimentadas. Gabino había participado directamente en la captura de más de cincuenta agentes de la CIA, frustrando así los planes de atentado, sabotajes, terrorismo y espionaje que tralan. Su eficiente tarea había preservado las vidas de seres humanos y evitado la destrucción de los bienes del pueblo. Pero el Flaco tenía una significación especial.

—La Seguridad en La Habana ya ubicó a parte de la gente que se va con el Flaco, pero no ha dado con

este. Vamos a altuar combatientes en el trayecto hasta la casa de los testigos de Jehová, pero que no lo detengan. Vamos a dejar que llegue a la casa. Él tiene que regresar ahí.

Con otro compañero, Gabino se presenta en la casa de los cómplices.

—Usted va a hacer lo que yo diga y sin inventos.

—Despreocúpese, com-pa-ñero, yo...

—No me llame compañero.

Gabino instruyó a la mujer que se desvivía por hacerle creer que no sabía..., que no conocía...

A las doce de la noche se recibe una escueta información:

«Objetivo hacia el punto.»

En Nochebuena. Todavía se celebra, pero Gabino pensaba que mejor no podía pasarla: esperando al enemigo.

Exactamente a las doce y cuarenta y cinco de la madrugada, el Flaco toca a la puerta.

—Luisa, es Enrique.

Gabino, sentado en un taburete frente a la puerta mira la silueta de la mujer alumbrada por una débil chismosa. El fusil descansa en las piernas, pero con el cañón dirigido a la puerta.

—Pasa —dice la mujer con voz ahogada.

El Flaco entra. Ya Gabino ve la mitad de su cuerpo.

—¡Flaco, estás preso! ¡Levanta las manos!

La voz de Gabino ha sonado seca. El Flaco levanta las manos, pero trata de dirigir una al interior de la camisa.

—¡No te muevas! —casi le grita Gabino.

El brazo continúa de largo deteniéndose encima de la cabellera negra.

El otro compañero de Gabino salió de su escondite y le apunta. Gabino lo registra y de la sobaquera extrae una pistola Bereta y de los bolsillos varios miles de pesos. El precio de la vida humana.

Personalmente Gabino lo conduce a la Jefatura. Allí lo esperaba el delegado y otros jefes, con una fiesta-cita. Le habían organizado antes de conocer el resultado de la operación, pues estaban seguro que Gabino cumpliría la misión de capturar a este agente de la CIA que tenía una deuda con nuestro pueblo.

El 21 de enero de 1967 el periódico *Granma* retoma el hecho:

«PENA MÁXIMA A ENRIQUE GONZÁLEZ (A) EL FLACO [...] cumplida la sentencia.»

EFILOCO

MAYO DE 1960

—Apúrete que llegamos tarde al cálculo combalivo.

De nuevo Gabino me agita. Van a dar las seis de la tarde y el jefe se aproxima a su unidad. En el trayecto de regreso, después de grabar en la cinta el final de su historia me explicó qué era el cálculo combalivo. Se trataba de una formación militar de todos los oficiales que estaban de guardia hasta el siguiente día 2. En ella se brindaba una información del estado de la frontera marítima y los pronósticos de actividad enemiga. Al finalizar, cada pareja se marchaba a su zona de guardia, hasta el amanecer del día siguiente. Esto lo hacían todos los oficiales, sin importar grado militar. Era una forma de reforzar la vigilancia, así como mantener a los jefes en contacto directo con la costa y el desvelo; dos elementos básicos del guardafronteras.

El grupo se formó y mientras no dieron la voz de atención, las pláticas alimentaron el ambiente:

—¿Quién me cogió la gorra?

—... el informe de emulación.

—... la corrida del pargo.

—Oigame, capitán, aquí no se puede estar sin gorra.

—Caballeros, ¿quién me cogió la gorra?

—Je, je, je...

—Oye, Gabino, el compañero este qué hace aquí.

—Capitán, este compañero está haciendo un trabajo, un testimonio aprobado por la Jefatura.

—¡Pero va a grabar todo esto!

—Vamos a coger los fueles correctamente, como se toman en formación.

—¡Fírmamees!

—Alineación derech...

—Descansen.

—Le comunicamos que la situación operativa en la frontera en el día de ayer se mantuvo normal y no esperamos cambios en la madrugada de hoy. Como ustedes ven la mar está movida y por ello la navegación se hace difícil, pero el enemigo cuenta con medios capaces de navegar con este mar; por eso debemos estar alertas...

En el pelotón, parado en atención, atento a las palabras del jefe de turno —en otras ocasiones lo era él—, Gabino sobresale por su elevada estatura. Al verlo allí, pensé cuántas historias aún por escribir de hombres como Gabino, verdaderos comunistas. El Ministerio del Interior es rico en heroicidad. Porque sus hombres no han conocido la paz. Y no la conocerán por largo tiempo. Me fui alejando del lugar y Gabino quedó allí, presto a cuidar la patria, en la soledad de la noche y de brazos con su inseparable compañera: la mar.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Daniel Jorge Carán, Gabino

Edad: 40 años

Grado Militar: Capitán

Nivel Escolar: FOC

Militancia: PCC

Tiempo de Servicio: 21 años

Trayectoria Revolucionaria: En el año 56 se incorpora a la lucha insurreccional, e ingresa en julio de 1957 en un grupo de acción y sabotaje del M-26-7, en la isla de Sagua.

Participa activamente en la huelga del 9 de abril de 1958, formando parte de los grupos que dominan la ciudad de Sagua la Grande durante treinta y dos horas. Seis días después es hecho prisionero y maltratado por los esbirros de la tiranía.

Al triunfo de la Revolución cumple diversas misiones como agente de la Seguridad, hasta que en 1963 comienza a trabajar en el Departamento de Lucha Contra Piratas, nombrándosele jefe del territorio de la isla de Sagua.

Participa en decenas de operaciones contra agentes de la CIA que trataban de infiltrarse y exfiltrarse del país, así como en la captura de agentes en Cuba. Tiene en su hoja de servicio el honor de haber participado en la captura de más de cincuenta agentes de la CIA.

En 1970 es trasladado para La Habana y ocupa el cargo de jefe de la Escuadrilla Naval Nacional de Tropas Guardafronteras.

En 1972 es seleccionado para cursar estudios de la especialidad, en la URSS, y al regreso es nombrado jefe de la Sección de Ingeniería.

Distinciones obtenidas:

Orden 10 Años de Servicio.

Medalla XX Aniversario de las FAR.

Medalla XX Aniversario del Moncada.

Medalla XX Aniversario de los Órganos de la Seguridad.

1ra. y 2da. Orden de las Tropas Guardafronteras de la URSS.

YO SOY FUNDADOR ANTES DEL 59

Relato del fundador de la Seguridad del Estado (G2), Mario Morales Mass, Mazim, Miguel

Todos en el teatro comenzaron a aplaudir al tiempo que, incorporándose emocionados, separaban sus cuerpos de los asientos terciopelados y flácidos. Miguel también lo hizo. Sintió un nudo en la garganta y la respiración entrecortada. Sus ojos se elevaron en la tribuna, donde, el Comandante en Jefe, puesto de pie, había inclinado hacia abajo, su rostro.

Miguel sintió que su mente, ágil y viva, a pasar de los años, le invitaba a desandar los caminos recorridos durante su eximia y apasionante vida.

Y, sin advertirlo, se sintió transportado, como si flotara entre nubes... y comenzó a recordar...

Desde la proa, donde me había instalado, recuerdo que observe la entrada en puerto. Era mediodía. En la alta, el sol, a ratos, se dejaba ver entre un mar de cúmulos helados que avanzaban empujadas por el viento frío de esos mares del norte.

La tierra aparecía soberbia ante mis ojos. Altas montañas coronadas de penachos blancos parecían rendirnos honor. El barco en que habíamos cruzado el Atlántico se llamaba el «Reina del Pacífico»; y el puerto donde se aprestaba a atracar en Francia, La Rochelle.

Corría el año 1937 y la guerra en España había tocado las fibras sensibles y rojas de mi alma. Recuerdo que la bahía me hizo recordar esa costa chata y ríscosa que se duerme en líneas temblorosa más allá del gran boquete de Cárdenas, donde nací y crecí. Yo allí era gurrupid, esto es, lavaplatos en una goleta. Y había muchas goletas y en todas un gurrupid. Mi familia era muy numerosa y la comida que sobraba en la goleta la llevaba para mi casa, hasta que todos mis hermanos, mi madre y mi padre emigraron para La Habana. Eso fue por el año 1929. Yo me quedé allí. La vida de marinero me gustaba. Cárdenas es un puerto muy bonito, y este tipo de embarcación, la goleta, muy bella. Había muchas, porque la bahía no tenía calado, entonces, estas eran las que llevaban y traían del puerto al barco y del barco al puerto las mercancías. Era un espectáculo muy hermoso verlas con sus velas desplegadas dirigirse hacia los barcos cargados de azúcar, aprovechando el terral que las empujaba hacia afuera, frente al sol que se desliza en púrpuras violentas.

Esa vida me gustaba mucho. Y todo eso lo recordé aquella mañana cuando el barco entraba en puerto francés. Yo era responsable del grupo de cubanos que hicimos la travesía, los últimos que salimos de Cuba. Éramos veinte y cuatro. Allí, tomamos el tren rumbo a París. No sabía el idioma, pero tenía una serie de indicaciones de cómo moverme. Llevaba tres recortes de revistas con anuncios de los hoteles donde nos teníamos que hospedar; eran el hotel Nacional, el Metropole y el Montana. Dije así: «Bueno, en cada hotel sitúa ocho.»

En la propia terminal de trenes de París, después de despedir al último de mis compañeros, tomé un taxi y me dirigí a la redacción del periódico L'Humanité, donde trabajaba el compañero revolucionario cubano que sería mi enlace. Me orientaron que durante el día lo buscara en el Boulevard de la Madeline Nro. 12 y por la noche en el Hotel Henry IV, 25 Place Dauphine.

Yo estaba ansioso. Estaba solo. Y siempre uno piensa que el contacto fallará. Así, llegué y entré al local del órgano de prensa del Partido Comunista Francés y pregunté por él. Lo fueron a buscar y yo, esperando. Pasó el tiempo y no venía. Ya yo estaba desesperado. Al fin veo un hombre menudo y flaco que se dirige hacia mí. Me dijo: «Este es cubano, mi contacto.» No lo dejé hablar. Cuando lo tuve frente a mí le dije: «¿Tú eres Félix Pita Rodríguez!» Que alivio sentí cuando me abrazó.

Después, todo sucedió muy aprisa. La coordinación con el Comité de las Brigadas Internacionales que estaba en el Palacio Central de los Sindicatos, las instrucciones, la selección, y por las noches a pasear un rato. Fui varias veces a la Exposición Internacional. ¡Famosa la de ese año! Ahí vi por vez primera la televisión, aquel cajoncito con un cristal por donde se veían gentes, paisajes. Me ha sucedido muchas veces después que, al sentarme en mi casa a ver la televisión, me viene a la mente aquel cajoncito del año 1937.

Estuvimos cerca de veinte días en París. Entonces cruzamos la frontera. Recuerdo que los internacionales cubanos negros no podían pasar la frontera con nosotros. Teníamos pasaporte español, por supuesto, blanco, y como es lógico, no podían aparentar ser españoles, por el color de su piel. Cruzaban la frontera a través de las escabridas montañas que forman los Pirineos.

Los primeros entrenamientos en España lo hicimos en el campamento de las Brigadas Internacionales situado en Albacete. Dos semanas después estábamos combatiendo. Los primeros muertos en mi vida los vi en Teruel. Fueron tres saboteadores fascistas que se infiltraron en nuestras filas y los servicios de contrainteligencia del Ejército Republicano los detuvo. Fueron fuellados. ¡Qué lejos estaba yo de saber que ese trabajo de Seguridad sería la pasión de mi vida años

más tarde! En realidad, en ese entonces no pensaba vivir tanto.

...en la batalla del Ebro. Ahí empecé. Me especialicé en la ametralladora Maxim, juffi, por eso me dieron ese pseudónimo. Yo vivía enamorado de ese tipo de arma, era muy buena. Habla otro compañero que estaba en el otro batallón con una ametralladora también, y cuando íbamos al frente combatíamos juntos los dos batallones y salíamos a descansar juntos también. Entonces, para saber si el otro compañero estaba vivo —porque él tenía un toque con la ametralladora, y yo otro, era como una clave—; él tiraba tac ta ta ta ta... y yo le contestaba tac tac, tirando.

Luego cruzamos el Ebro. Los fascistas nos subastimaron, decían que no lo podíamos pasar. Pero dirigiendo aquello estaban Lister, el Campesino y otros muchos bravos combatientes. Aquel día, antes de pasar, nos formaron. Ya se sabía que sería la Trece Brigada Polaca, que era de choque, la primera en atravesar el Ebro. Pidieron voluntarios para reforzarlas. Para eso nos formaron.

...entonces aquellas palabras del Comisario Político: «Los que quieran cubrirse de gloria: ¡Un paso al frente!»

Yo lo di. Recuerdo que no avancé el pie derecho, me confundí, me puse nervioso, pero di el paso. Bueno, me ayudó que soy menudo. Nunca he pesado más de ciento treinta libras. Por mi experiencia como ametralladorista me designaron primer tirador de la Maxim soviética. La emplazamos en la proa de la pequeña embarcación y comenzamos el cruce. Iban doce en cada bote, seis por banda. El río, allí, tenía una anchura de doscientos metros y estando en la mitad fuimos descubiertos. Casi sin darnos tiempo a contestar el fuego, nos mataron un hombre. «Esto se jodió», pensé o exclamé. Y abrí fuego. En este combate teníamos todas las de perder. Decenas de blancos moviéndose lentamente sobre el agua, tratando de alcanzar la orilla donde precisamente se hallaba el enemigo. Me pare-

ció un siglo aquel momento. Pero al fin llegamos y tomamos una cabeza de playa. Cuando ya en tierra firme miré al río, sus aguas estaban teñidas de rojo. Pero gracias a esa acción el resto de las brigadas logró pasar sin dificultad. Por ello, a todos los miembros de la Trece Brigada Polaca y a los que ingresamos en ella como voluntarios se nos otorgó la medalla de las Brigadas Internacionales.

Esos combates fueron muy duros. Hubo momentos en que pensé: «Bueno, me llegó la hora.» Sí, aquel día en el Ebro. Porque esa fue una guerra muy sangrienta. Las trincheras enemigas estaban a unos doscientos metros. Muy cerca. No hablábamos. Por las noches mandaban patrullas hasta la mitad de la línea para detectar cualquier movimiento del enemigo y, esa noche me tocó a mí. Nos fuimos arrastrando. Ahí no se puede hablar; nos arrastrábamos y nos tocábamos por el hombro para asegurarnos que seguíamos juntos. Y, aquella noche, cuando toqué, no estaba el otro; me desesperé, toqué y toqué, la noche oscura. Sentía un miedo terrible. Entonces me detuve, no quería respirar. «¡Si la tierra me tragara!» Y no quise moverme, quizás estuviera a solo unos metros de la línea enemiga. Con las manos busqué y me moví donde percibí más alta la hierba y me apreté a la tierra, mucho, mucho..., era mi vida.

Amaneció. Y yo allí, en la tierra de nadie, en la tierra prohibida. Acosté la cabeza, por el lado de la oreja y con el rabillo del ojo miré al cielo. «¡Me llegó la hora! En cualquier momento me ven y, ¡adón, Lola!» Sí, creo que eso fue lo que pensé, estaba de moda en España. Pero no quería morir. Escuché el combate. Las balas silbaban por encima de mi cabeza y, aprovechando el ruido me apreté más. Creo que abrí un hueco con la barriga, el pecho y las piernas. Yo sabía el peligro que corría. Tuve todo el día para pensar.

¡Y cómo pensé! En mi casa, en Sol y Egido, al lado del Palacio de las Ursulinas. Ya había dejado

Cárdenas. El cuarto con los catorce de familia. El hambre. La caída de Machado. ¡Qué alegría! La Confederación Nacional Obrera de Cuba, al lado del hotel Zarátoga, cerca de mi cuarto. Yo pasando por allí y, aquella tela muy grande que decía: ¡INGRESE EN LA LIGA JUVENIL COMUNISTA!, y las otras telas y cartelones con consignas que me gustaban, abajo esto, abajo aquello, la tierra para el que la trabaje. Pero sobre todo aquella grande. Me sumé. Sí, por vivir cerca. Yo pasaba por allí. Y el solar del barrio de los Sitios, los cuatro revolucionarios en el cuarto y Pedro Martínez que se enamora de Ciro, la hermosura aquella y no tenían dónde vivir; entonces le dimos el cuarto y nos fuimos para el solar de la Cueva del Mono en Tenerife número 34. Y el hambre siempre. A veces el níquel para el cortadito.¹ Y siempre el entusiasmo, la alegría y el fervor. Por las noches, por la radio cogíamos la República Española.

La huelga del 35. Los gritos: «¡ABAJO BATISTA!»; corrí, corrí, y el toletazo en la cabeza. Después vino la cárcel. Se puso la cosa mala. Nos formaron en el patio y el esbirro aquel que era jefe nos dice todas aquellas cosas y ya hablamos acordado que cuando preguntara, como era su costumbre, todos daríamos un paso al frente. Y al final: «¡Los que no estén de acuerdo un paso al frente!»; y como un resorte di el paso al frente: ¡coñol, solo siete u ocho; pero coño, yo creí que todos.

«¡Ustedes, siganme!» Nos llevaron para el patio y por la noche nos anunciaron que nos fusilarían. Empezaron los preparativos, los soldados paquí y pallá. Fue duro. Instalaron bombillos en los reflectores alumbrando el muro donde irían a parar nuestros sesos. Entonces habló el esbirro aquel: «...y al amparo de la Ley Marcial y el Bando de las nueve de la noche dictados por el general Eleuterio Pedraza, se condena a

¹ Taza de café con un poco de leche.

la pena de muerte por sublevación en establecimiento penitenciario a...

Ya sentía las balas destrozarme el cráneo. Pero estaba tranquilo y sereno. Después Aquilino Álvarez, de Joven Cuba, también condenado, nos contagió con su ánimo belicoso. «No nos vamos a poner trapas en los ojos, a morir dando vivas a la Revolución y gritando a todo pulmón: "¡ABAJO BATISTA!"» Y todos repetíamos con Aquilino. «¡Qué guapo ese muchacho!» Allí estaban también Luis Fajardo Escalona, Víctor Pina Cardoso y Osvaldo Sánchez. Me sentía bien entre todos ellos. Ya no me importaban los cobardes que no lanzaron con fuerza su piedra alante. Esa exaltación de patriotismo, quizás fue lo que hizo que aquel joven rompiera la fila de los pendejos y se abrazara a nosotros gritando que deseaba inmolarse con nuestro grupo. Lo que vieron mis ojos jamás lo olvidé: los guardias tratando de sacar al muchacho de nuestra fila y él forcejeando para quedarse. Hasta que al fin lo logró. Mira para eso: fajándose por morir como un revolucionario, antes que vivir como un cobarde.

Toda la madrugada la pasamos en aquel foso esperando de un momento a otro la muerte que vestida de amarillo se paseaba por sobre nuestras cabezas, en lo alto del muro. Pero amaneció y no pasó nada. Parece que se arrepintieron. Nos condenaron a dos años.

...Y allí, hundido en la tierra del Ebro, pensé que aquel día de huelga, en el 1935, me pudieran haber matado. Y sólo cal en cuenta realmente ese día, en aquella tierra española. Y pensé más, lo pensé todo. El cuerpo temblando de frío y yo deseando un carajillo.¹ Al fin llegó la noche y comencé a moverme. Llegué a los mios. Qué alegría. Me creían muerto. Cantón² me dijo: «¡Bicho malo nunca mueres!», y yo

¹ Coñac con café.

² No es refiere al comandante Policarpo Cantón que ya había fallecido.

le dije: mientras lo abrazaba: «¡Bichos malos nunca mueren!» Y Cantón murió poco después, y eso fue hace cuarenta y dos años.

Después vino el fracaso. Por esos días finales de la guerra fue que cayó Cantón, el mulato. Fuimos retrocediendo hasta la frontera con Francia. Yo la pasé por Cervera, aquel mismo pueblo francés por donde entré a España. Qué consternación tan grande cuando vi en el pueblo cientos y miles de cajas con fusiles y municiones procedentes de la Unión Soviética para ayudar al pueblo español y allí las retenía el gobierno francés. Muchos llorábamos ante tal vileza. Grande fue la ayuda del pueblo soviético a la tierra española que sangraba libertad por sus heridas, a pesar de que ella misma se encontraba bloqueada.

La Unión Soviética, realizando un ingente esfuerzo para obviar los obstáculos interpuestos por la fealdad del Comité de No Intervención, engendrado por el fascismo italo-alemán y la doblez de las falsas democracias, acudió en ayuda de la España progresista. Irrestrictamente, dotándole entre octubre de 1936 y febrero de 1939 de 800 aviones de combate, 362 tanques, 120 autos blindados, 1 555 piezas de artillería, 500 000 fusiles, 340 lanzagranadas, 15 113 ametralladoras, más de 110 000 bombas para aviación, cerca de 3 400 000 proyectiles de artillería, 500 000 bombas de mano, 828 millones de cartuchos, 1 500 toneladas de pólvora, lanchas torpederas, estaciones de reflectores para la defensa anti-aérea, camiones, emisoras de radio, torpedos y combustible. La acción de la piratería italiana obstruyó muchas veces la labor de cooperación soviética, interceptando o hundiendo 46 buques, con pérdida de valiosas vidas y cuantioso material bélico.

Y cuánta tristeza en mi alma. Y cuántas huellas en mi rostro y cuántas espinas en mi corazón, y ¡qué rojo mi corazón!

Fuimos a parar a un campo de concentración en Francia. Se llamaba Argelès-sur-Mer. Cien mil personas había allí incluyendo mujeres y niños. Campos cercados con alambradas. Ahí internaron a los sobrevivientes del Ebro. Eran los soldados de Modesto y Lister, los antiguos y aguerridos del V Regimiento, los héroes de la defensa de Madrid, de las batallas de Guadalajara, del Pingarrón, de Gerabitas, de la Granja, de Brunete, de Balchita, de Teruel, del Ebro. Los cubanos éramos unos trescientos. Nos organizamos en grupos y levantamos nuestras chabolas.¹ Cada grupo tenía un nombre, los gitanos, el cañonazo, los leones dormidos.

Amontonados en las arenas, separados las mujeres y los niños, fuimos tratados por el ejército francés como prisioneros de guerra. Es imposible calcular el número de muertos por falta de asistencia sanitaria y víctimas de epidemias. Estuve un año en aquel odiado campo. Era terrible. Recuerdo que el pan lo tiraban por avión. Nos cuidaban guardias de las colonias francesas, indochinos, moros, senegaleses. Estos últimos decían una frase que trajimos después a Cuba, en moda: **Alá, alá, reculé!**

Al fin vino el regreso a Cuba. El barco de nuevo. Las lágrimas abundantes cuando vi la tierra cubana. El puerto. La multitud. El muelle. La multitud. Mi familia. La multitud. Mi familia. Yo los vi. Ellos no me buscaban. Yo gritaba: «¡Mamá, mamá!» La multitud. No me oía. Entonces me quité un zapato y lo lancé. Cayó al agua. Bajé empujando. Los abracé. Mi madre lloraba, mis hermanos también. Yo también. Con un solo zapato y con mucha alegría.

¹ Tienda de campaña improvisada.

² Echamos para atrás.

El Comité de repatriación de los cubanos, constituido por las fuerzas progresistas, después de una tenaz lucha, había logrado la repatriación de quienes representaron con tanta gallardía y coraje el espíritu anticolonialista de nuestro pueblo. Desde el muelle La Machina, hoy Sierra Maestra, por todo San Lázaro hasta el parque Macao, el pueblo cubano aclamó a sus internacionistas.

No hubo descanso en la tierra natal. Volví a mi trabajo de antes de la guerra: guaguero, y a las luchas sindicales. Entonces tuve aquel problema, ese incidente que cambiaría por completo mi vida. Yo tenía la guerra en la sangre, y la guerra es violenta, y ese día, en la reunión del Comité Provincial del Partido le di una bofetada a un compañero en plena reunión. Y, esa galleta resonó en los círculos revolucionarios de La Habana. Por poco me expulsan. Me sentí apenado. Tenía entonces veintitrés años y había vivido con mucha intensidad. Sentí que todo acababa. Pero entonces los compañeros aprovecharon para utilizarme en otro tipo de trabajo que no fuera político.

El Partido Socialista Popular tenía un grupo de contrainteligencia. Para meter a compañeros con leyenda en otras organizaciones, en los partidos reaccionarios, incluso en la Policía. Para obtener información. En esa oportunidad había surgido una organización trotskista que se llamaba Partido Bolchevique Leninista. Entre ellos los había que estuvieron presos conmigo. Entonces penetré esa gente. Por eso digo que: **YO SOY FUNDADOR ANTES DEL 59.** Por aquella bofetada. Eso es lo que se llama una leyenda; discrepo del Partido, me alejo y me meto en otras cosas.

Todo aquello estaba envuelto de mucho misterio. A mí me atendía el compañero Secundino Guerra, y des-

pués fue Víctor Pina Cardoza. Este, era un misterioso del carajo. Nadie en el Partido sabía qué hacía ni dónde vivía. Él fue quien me metió dentro del cuerpo el sigilo esa, el misterio, la «cosa». Yo lo veía en una casa por Mantilla. Me contrachequeaba antes de llegar y era muy... de película la entrevista. Salía «sigillao».

Posteriormente, y como se sabía que había grupos de gánsteres que estaban preparando atentados contra dirigentes comunistas, fui orientado a penetrar esos grupos. En ese tiempo expulsaron del Partido a cinco periodistas, entre ellos a Rolando Masferrer. Estos fundaron una revista que se llamó Tiempo en Cuba y, bueno, me orientaron ligarme con Masferrer. Conoci que este se relacionaba con otros elementos gansteriles, organizando un grupo anticomunista. Me ligué a toda esa gente. Tenían entre sus planes atacar contra la vida de los dirigentes del Partido Socialista Popular. Ya se habían producido los asesinatos de Arcelio Iglesias y de Manuel Porto Peña, así como tenían planes contra Lázaro Peña y Blas Roca, entre otros.

En 1944, orientado por el Partido, ingresé en la Policía Secreta, para dar información de interés al Partido, aunque sigo manteniendo buenas relaciones con los gánsteres y toda esa gente.

Después vino lo de Cayo Confites. Recién me había casado cuando me metí en eso. No tuve luna de miel. No había tiempo para eso. Recuerdo que cuando aquello, la cosa de derrocar a Trujillo cogió fuerza y se hizo popular, Eso de Cayo Confites fue «un secreto a voces». En el Movimiento la gente era muy heterogénea. A veces pienso: «Si hubiera triunfado, ¡qué clase de gente hubiera tomado el poder!» Lo mejor y más sano que entonces había allí era Fidel. Fue en esa época en que lo conocí. A él le gustaba hablar con los compañeros de la guerra de España. Se interesaba por aquella experiencia. Yo le relaté muchas cosas. Fidel hablaba mucho de Martí. Lo respetaban.

Después del entrenamiento buscamos los cayos. Yo también participé en la selección. Queríamos un cayo pequeño y aislado. Así nos pareció bueno Cayo Confites y para allá salieron los hombres. Recuerdo a Fidel. Era teniente, y una vez, porque había un pedacito de tierra que pertenecía al cayo, pero estaba más apartado y para allá enviaban a los que cometían faltas de disciplina y entonces un tipo que era capitán tuvo un problema con Fidel, y el tipo ese le dice a Fidel, bueno, te nombro jefe de los castigados y Fidel le respondió que no había ido a cuidar presos. Y se formó.

El gobierno de Grau nos traicionó y todo aquello se vino abajo. La marina nos condujo presos a todos para Santiago. ¡No!, a todos no, a Fidel no. Cuando el barco que nos conducía entró en la bahía, Fidel se lanzó al agua y ganó la costa a nado. ¡Qué hombre! No se dejó coger.

Al producirse el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, abandono el cargo de detective de la Policía Secreta y me dedico a la lucha contra Batista. ¡Fulgencio Batista era mi gran enemigo! Con él no tenía tregua. Aquel día me dijo: «Esta es la decisiva.» Y ya el 20 de marzo me reúno en la embajada de Guatemala, ubicada en el reparto La Sierra, con Juan Manuel Márquez y otros más; así comenzamos a conspirar. Sigo, además, manteniendo contacto con otros grupos y de todo eso, informando al Partido.

Formo parte de un grupo que lo integraban Daniel Martín Labranderó, Carlos Gutiérrez Menoyo y Marcelo Manat Amántegui; todos de nacionalidad española que desde hacía tiempo se encontraban en Cuba como aislados políticos.

Una de las primeras tareas que realizamos fue la recolección de armas, con el propósito de impartir clases sobre el manejo de armas automáticas y lanzamiento de granadas. A principios del año 1953, Labranderó, Gutiérrez Menoyo, Amántegui y yo entramos en contacto con elementos de la Organización Autén-

tica que habían introducido armas en Cuba y efectuamos algunos traslados para Pinar del Río, a fin de entregárselas al ex combatiente de la Guerra Civil Española y amigo nuestro, Juan Palacios, que después se alzó contra el tirano.

Durante muchos años, en la lucha por la libertad de mi pueblo, estuve muy ligado a estos tres revolucionarios; recuerdo a Daniel Martín Labrandero...

Tarja que lo recuerda, en letras de bronce, sobre las faldas del Príncipe:

«En Europa, en la Guerra Civil, participó en el asalto al cuartel de la Montana, peleó en Somosierra, Casa de Campo, El Prado, Guadalupe, Aranjuez, Brunete, Belchite, Teruel, Lérida y Paso del Río Ebro.»

En Francia estuvo preso en los campos de concentración y cuando la ocupación alemana en dicho país participa con los maquis franco-españoles contra los nazis.

Al fugarse del Castillo del Príncipe la noche del 30 de diciembre de 1958, fue herido y rematado...

En 1956 me proponen participar en un plan de atentado contra Batista. Acepto.

Minuta elaborada por Mario Morales Mesa para una charla a un grupo de combatientes del Ministerio del Interior sobre su participación en los hechos del Asalto al Palacio Presidencial.

En cuanto a la Operación de Apoyo, para que se tenga una idea de la composición social y características de los hombres que integraban esa parte del plan, e inclusive de muchos de los integrantes en el Comando que atacó el Palacio, es necesario referirnos a los hechos que antecedieron al asalto.

Todos esos hombres se conocían entre sí desde hacía mucho tiempo. Unos, porque tradicionalmente

eran antibatistianos; algunos que procedían del Partido Ortodoxo; otros habían participado en España y algunos en Cayo Confites y Luperón. Yo los conocía a todos. La mayoría de los que participaron en la acción eran obreros y estudiantes.

Muchos de estos compañeros habían estado involucrados en el primer plan de ataque al Palacio Presidencial en agosto de 1955. Al descubrirse este, la Policía de Batista ocupó gran cantidad de armas en un almacén de las calles Santa María y Lindero, en un garaje de la calle Ayestarán, y en el octavo piso de un edificio ubicado frente a Palacio ocuparon un mortero. Yo diría que las fallas y errores que se cometieron en aquel, sirvieron para la preparación de la acción del 13 de marzo. Ahora bien, entre uno y otro existió otro en 1956. Recuerdo que costó unos veinte mil pesos. Fue preparado en el reparto La Sierra, próximo a la avenida 31. Para eso se alquilaron dos casas próximas al lugar y estuvieron acuartelados los que iban a participar por espacio de cinco días. La cosa era tirarle a Batista cuando se dirigiera por esa avenida en dirección a Columbia. Pero fracasó también.

Entonces se preparó el que sería definitivo, aunque no lograra sus objetivos. En diciembre de 1958, prácticamente se tenía organizado el plan de ataque a Palacio. En ese mes se produce la fuga de la prisión de La Habana de los revolucionarios Daniel Martín Labrandero, Osvaldo Díaz Fuentes y Abelardo Rodríguez Mederos. Los tres tenían conocimiento de la acción que se gestaba y a fin de participar en la misma intentan escapar de la prisión. Daniel es herido y rematado fríamente por los esbirros de Batista en las faldas de la fortaleza. Osvaldo y Abelardo logran huir y participan en la acción de Palacio donde encuentran la muerte.

Por las relaciones de amistad con Carlos Gutiérrez Manoyo, con Menelao Mora e Ignacio González, ya

conocía casi todo el plan. Además, porque varias de las reuniones se efectuaron en la mueblería Santa Bárbara, situada en Salud entre Campanario y Perseverancia, lugar que yo frecuentaba. Esta mueblería sirvió posteriormente para acuartelar parte del grupo de veinticuatro compañeros que se me habían asignado. La otra parte se acuarteló en un apartamento de Galiano y Barcelona, en los altos de la colchonería Confort.

Yo conocía perfectamente a los integrantes de mi grupo. Todos habían participado en acciones y tenían experiencia.

El día 12 de marzo, en horas de la mañana, nos ordenan que nuestra gente se acuartele. Nos comunicaron en ese momento las siguientes instrucciones:

1. Que la partida del grupo sería después de una llamada telefónica con una señal convenida.
2. El lugar, próximo a Palacio, donde el grupo deberá esperar las armas serán los portales de los hoteles Sevilla y Dependiente.
3. Esperar discretamente en el lugar.
4. Los vehículos con las armas estarán parqueados en dicho lugar.
5. No aproximarse a estos; no tomar las armas hasta tanto no se escuchen los primeros disparos de los atacantes.

Ese día, o sea el 12, aproximadamente a las cuatro de la tarde, sostuve una entrevista con el jefe de la operación de apoyo, compañero Marcelo Manet, alias el Gallego, o Ignacio González, y después de expresarle la disposición combativa de los combatientes, me ordenó levantar el acuartelamiento y que se pudiera de nuevo a las nueve de la mañana del siguiente día.

El día 13 de marzo de 1957, no a las nueve, sino a las siete ya habían llegado todos los hombres. A las

once me comunicaron la hora exacta del comienzo de la acción. Al mediodía, por curiosidad, otro compañero y yo decidimos pasar caminando por el frente del Palacio y así lo hicimos. Vimos los soldados de posta y comentamos la sorpresa que se llevarían.

Sobre esto les voy a contar una anécdota interesante y trágica. Al regreso, después de haber transitado frente a Palacio, cogimos la ruta 14 y qué sorpresa, el chofer era Jesús López, del cual conocíamos sus actividades revolucionarias. Le hablamos para que participara en una acción de envergadura que se iba a producir ese mismo día. Él aceptó, diciéndonos que cuando acabara ese viaje regresaría al lugar convenido. El compañero, al parecer subestimó nuestro planteamiento y por la tarde siguió trabajando, con tan mala suerte que en uno de sus viajes coincidió con el inicio del ataque y al pasar justo frente al Palacio en el ómnibus que manejaba resultó muerto.

Sobre las dos y media recibimos la llamada convenida y nos trasladamos para las cercanías del Palacio. Esperamos un buen rato. Pero nada. Fui a ver al jefe de la operación de apoyo que se hallaba cerca de allí. Al encontrarme con él lo primero que le pregunté fue por el camión de las armas. Ya se escuchaban los primeros disparos, pero estas no llegaban y no llegaron nunca.

Lo que sucedió después no lo dije en la charla. Ignacio estaba como loco, lloraba. Se paseaba nervioso por los portales de lo que es hoy la Dirección Nacional de Identificación, y el tiro estaba sato; no sé cómo no lo mataron. El hombre estaba desesperado. Tenía a su hermano Carlitos atacando el Palacio, y nosotros, gentes que llevábamos tiempo luchando y ahora no teníamos armas. Era terrible. Yo cogí una guagua y fui hasta Aguila y Trocadero, donde tenemos oculta una calibre 30 y le quité la llave al tipo y la llevé para allá. Entonces asaltamos un ómnibus, bajamos la gente y

lo atravesamos en Prado. Eso fue lo único que pudimos hacer. Ya sabíamos que todo estaba perdido.

Después, fue duro. Batista se ensañó. Tremenda represión. Por un ardid, incluso cómico, pude salvar de una muerte segura a Merino, al arrebatárselo de las manos a Ventura. Este era uno de mis compañeros en la acción del Palacio.

Seguimos la lucha. Yo, en todo esto, seguía en contacto con elementos mafiosos y con otros que al Partido le interesaba conocer qué hacían.

Así, por ejemplo, conocí un elemento que era muy amigo del periodista Salvador Díaz Versón. Este tipo tenía en su apartamento, en el Vedado, un archivo con datos de todos los comunistas. Fichas de todos. Extraño coleccionista. Y también conocí que tenía estrechos vínculos con la embajada americana. Era un agente de ellos. Entonces penetré a su amigo y obtuve una copia de la llave de la casa de este personaje. Se la entregué a mi contacto con la proposición de irrumpir en su casa y destruir todo ese archivo. Esto fue a finales del año 1958 y en los primeros días de enero veo en un periódico, creo que en el *Diario de la Marina*, en primera plana: «¡Asaltado y destruido el apartamento del periodista Salvador Díaz Versón!». Comprendí que este era mi hombre. Efectivamente, enseguida se metió en la embajada de los yanquis: lo sacaron de Cuba. Era un espía de la CIA.

Nosotros teníamos un grupo de acción. Traíamos armas y teníamos diversos planes y en eso nos sorprendió el 1.º de enero. Yo vivía cerquita de Columbia, inclusive, estaba clandestino y el dueño de la casa me vino a avisar que Batista se había ido. Eso fue de madrugada. Le avisamos a la gente y cuando amaneció nos habíamos reunido veinte o treinta hombres. Asaltamos un parqueo muy grande que estaba donde hoy se encuentra Coppella y le metimos la cáscara al parqueador. Nos llevamos quince autos. Entonces recogimos las armas y ese mismo día tomamos la

Policia Secreta y la Judicial. Nos sentíamos muy alegres, era una euforia tremenda. El sueño de toda la vida: una Revolución.

Pocos días después del triunfo, Luis Orlando Rodríguez, en aquel entonces Ministro de Gobernación, me llama y me dice: «Mira, Mario, tú vas a ser jefe del Buró de Drogas de la Policía Secreta.» Y para allí fui. Me dediqué a perseguir la droga. Tengo un caso por aquellos días en que ocupamos un cargamento de casi setecientas libras de marihuana. Por ahí conservo todavía la fotografía que salió en la prensa.

En el mes de marzo, por todo ese trabajo secreto que yo había hecho para el Partido, muy ligado a Ramón Nicolau, y a Guerrero, se me propone pertenecer a un nuevo órgano que se iba a crear: la Seguridad. Me citan a Ciudad Libertad, Ovaldo Sánchez y Ramón Nicolau. ¡Ah!, fundador de la Seguridad.

Me explicaron el trabajo que yo tenía que hacer. Lo primero que me dicen es que buscare una casa amplia, con condiciones, pues allí me iba a establecer, oficina y vivienda. «Es un trabajo de contrainteligencia», me dicen. Dirigir una serie de agentes que estaban en contacto con grupos conspiradores. Entonces yo les pregunto: «¿Contra quién voy a trabajar?» Y me dijeron: «Bueno, tú eres muy conocido, tienes mucho campo, esta gente que no ocupó posiciones en el gobierno ya está disgustada.» Toda esa gente de Grau y Prío, que de cierta manera tuvo participación, se creía en el derecho de coger cargos, como si esto fuera lo de siempre. Y también estaban los ex militares.

Yo tenía muchas relaciones y como era una tendencia que estas gentes fueran o se ligaran a los elementos ganateriles: bueno, que yo los conocía bien.

Se me entregó la casa que pedí, una máquina de escribir, algunos folders y varios cientos de tarjetas. Entonces me dijeron que mi unidad se llamaba Suré de Gásteres.

Yo era el jefe, para también era oficial y agente. Es decir, hacía las tres actividades. Yo estaba infiltrado entre la gente de Plinio Prieto. Él fue comandante del Ejército Rebelde, y después se alzó. Entonces empezamos a conspirar.

Me entregaron tres agentes secretos, uno de estos, Molina, quien había logrado infiltrarse antes de 1959 entre la gente de Masferrer, ¡qué coraje! El otro era un compañero que le decían el Rubio, hombre de confianza de Orlando Piedra. Y también me entregaron a Mara. Con los tres empleo a trabajar.

Yo era amigo de Llanos Fariñas, que fue jefe de distribución del periódico *Tiempo en Cuba*, de Masferrer, y era su hombre de confianza. Este me tenía afecto puesto que casi le salvé la vida. Bueno, esa es otra historia. Lo importante es que en 1959 le saqué información.

Mi gente empieza a penetrar La Rosa Blanca, una de las primeras organizaciones contrarrevolucionarias. Era el grupo conspirativo que existía. Entonces yo, conjuntamente con otro agente más que recluté, empezamos a trabajar en otra cosa sería: en la de Plinio Prieto. Había una serie de elementos conocidos míos: Miguelito Echegarrúa, Antonio Fernández; inclusive estaba Soré Marín.

Había un compañero que tenía las mismas condiciones que yo; era jefe de una unidad y estaba infiltrado también en la de Plinio. Él informaba en contra mía y yo en contra de él.

El órgano de nosotros estaba en jefatura, y después en el edificio donde hoy se encuentra el ICAIC, en el sexto piso. Yo tenía una hora para ir allí y discutir el informe y recibir orientaciones. Y, sucedió un día que en una cita me dieron una hora para llegar y a

él, por una confusión, le dieron la misma. Así, cuando llego y toco a la puerta, al que me abre es Rico, que era el otro que estaba en la conspiración. Nos sorprendimos, y no quedó más remedio que identificarnos los dos y eso fue tremendo; nosotros nos relajamos y bueno, nos pusimos contentos, era un compañero más; pero la que armaron los jefes fue del carajo. Piñeiro llamó a mis jefes y...

Después vino la operación del caso. Plinio se estableció en Santa Clara y le pasamos el caso a los compañeros de allá, porque coincidían con sus planes.

Recuerdo aquella otra operación, muy importante en relación con el asunto de los alzados en el Escambray. Eduardo, otro jefe de unidad, tenía controlado un plan de un grupo que se alzaría con Plinio. Entonces, estábamos reunidos, en lo que era la sección, y el que tenía el contacto con toda la gente, que iba a salir de Tarará era un agente, que hoy es un alto oficial de la Seguridad, Jorge. Ellos tenían que recogerlo. Lo único que sabíamos era que la salida sería de Tarará para Las Villas y que el agente nuestro se tenía que parar en E y 17 y ahí lo iban a recoger en un automóvil. Había que controlar todo eso y no había recursos para seguir a ningún vehículo. La situación era que a las ocho menos diez estábamos en Cubanacán y a las y cuarto recogían al agente.

La cosa no era conmigo. Se trataba de un plan de otro Suré; pero estábamos en la discusión, junto con Eduardo, jefe de esa unidad y Luis que en aquel entonces era el segundo jefe.

Como yo había sido guaguero, les dije: «Yo los sigo», y partí con Luis en un Opel nuevo. Justo al llegar al lugar indicado vemos que el agente monta en un carro. Comenzamos a seguirlo. Dieron vueltas por el Vedado

¹ Coronel Carlos Aracho, miembro suplente del Comité Central.

² General Luis Barreiro, miembro del Comité Central.

y llegaron hasta Carlos III, no para contrachequearse, sino para recoger a otros conspiradores.

Cogan por Belascoain mientras yo mantengo una distancia prudencial. Cuando ponían la verde yo no me apresuraba porque sabía que en el siguiente semáforo caería la roja antes que pudiesen sobrepasarlo. El guagüero conoce muy bien el tiro de las luces. Bueno, con toda esa picardía. Aunque recuerdo también que tanto Luis como yo vivíamos momentos de angustia, pues en ocasiones parecía que se nos iban.

Cuando pasaron San Lázaro y se incorporaron a Malecón, yo tomé por la primera que corre paralela y -eché un pie- hasta la calle Cárcel, digo no... una cuadra antes de Prado. Paro el motor y nos apeamos. Allí los vimos pasar. Entonces seguimos detrás de aquel auto repleto de conspiradores a excepción de nuestro agente.

Al rato llegamos a Tarará. Yo nunca había entrado en esa playa, pues antea había sido privada. Por eso me aproximé al objetivo. Parquearon frente a una casa. Luis se quedó próximo a esta, mientras yo seguía hasta la pantalla del cine al aire libre que existía antes allí, donde esperaban cuatro carros de operaciones.

Aún recuerdo las instrucciones: -Siganme y donde detenga el auto se lanzan rápido, penetran en la casa que me quede enfrente y detengan a todos.-

Cuando llegué a la casa ya Luis estaba frente a ella. Me apeé y los de operaciones también, pero en vez de actuar con rapidez; hay lentitud, desconcierto; imagínense, los primeros años.

Bueno, no sé lo que dije y maldije. Y cuando me llevo la mano a la cintura me percaté que estaba desarmado. En segundos, la situación se tornó muy peligrosa. Ya los esbirros comenzaban a asomarse por las ventanas. Pero en ese instante, Luis, en un gesto de se metió en la casa blandiendo su pistola, solo. Unos segundos después entrábamos nosotros, la dominante: Luis encañonaba nada me-

nos que a trece contrarrevolucionarios. Después conocimos que uno de aquellos trató de matarlo desde su escondite en la casa, pero el agente logró impedirlo. Los cogimos a todos, se iban a alzar.

SEPTIEMBRE 9 DE 1968

Informe Número 1

Asunto: Conspiración de la organización c/r MACU

Hoy nuevamente me visitaron los tres individuos que me propusieron la jefatura de la organización contrarrevolucionaria MACU (Movimiento Anti-Comunista Unido). Al frente del grupo venía Vladimir Rodríguez Fajardo, conocido por el Doctorcito. —Comandante —me dijo Vladimir— la situación en el país está al decidirse. Nadie mejor que usted para hacerse cargo de la jefatura de acción de la organización.

No dilaté más su impaciencia y acepté. Esto lo puse contento, pero se enfrió cuando le partí para arriba y lo tomé por los hombros para decirle que si alguien me delataba no haría más el cuento.

En un arranque de confianza abrió el maletín que traía y me mostró un niple del tipo pata de elefante.

Se despidió con un abrazo y me recordó que al día siguiente habría una reunión en el Capri. Me agregó que diera algunas vueltas por La Habana, para que escuchara las explosiones de las bombas que pondrían sus hombros. Alrededor de las nueve y media escuché las detonaciones. Fueron cinco. Eso es todo. Chao, OLIVERIO.

El teniente Mario Morales, pseudónimo Miguel, depositó el informe sobre su escritorio. Frente a él, el oficial que atendía este agente clandestino, aguardaba, impaciente, las órdenes de su jefe.

Miguel volvió a tomar en sus manos el documento. Después de releer su contenido, dijo, dirigiéndose a aquel, mientras se incorporaba de su asiento:

—Hay que controlar la reunión del Capri, pero sin detener a nadie.

Casi en la puerta impartió la siguiente orden:

—Ve discutiendo el caso con los compañeros del chequeo, mientras yo hablo con Abrantes.

Días después Miguel prepara las condiciones para una entrevista del comandante Ramiro Valdés, Ministro del Interior, con el agente Oliverio.

Recuerda que el encuentro se efectuó en casa de su madre, sito en San José y Aramburu. Oliverio llegó primero y fue conducido a un cuarto.

Al poco rato, Miguel, quien observaba desde la ventana, vio aparecer un hombre delgado, vestido de verde olivo que caminando aprisa se dirigía a la casa.

Todo sucedió tan rápido que el Ministro pasó inadvertido para los pocos transeúntes del momento.

Ya en el interior, Ramiro le estrechó la mano a Miguel y preguntó:

—¿Dónde está el hombre?

Eran las nueve de la mañana de un día frío del mes de diciembre de 1960.

La madre de Miguel, desde el umbral de su cuarto, observaba impaciente la escena.

La entrevista se produjo, finalmente, en la sala. Duró casi tres horas. Se trataron todos los asuntos: la retracción de las organizaciones contrarrevolucionarias, el plan de unificación de estas bajo la dirección de

Oliverio, la infiltración en la CIA, el viaje clandestino a Estados Unidos y las vías de comunicación. Al finalizar, el Ministro retomó el tema de la esposa y los hijos del agente; le habló de la atención que tendrían, los cuidados, la educación...

Ya de pie, llegó la despedida. Un fuerte abrazo y la frase cariñosa e imperativa:

—¡Cuidatel!

El Ministro se fue primero. En la casa reinó el silencio, ese que sucede en los grandes momentos.

La madre de Miguel continuaba en su sitio. No preguntó nada; jamás lo había hecho, pero su intuición de madre le decía que allí se había desarrollado algo muy importante. Y a pesar de los reparos de Miguel, durante la entrevista, la viejita coló café y brindó a los presentes, Ministro, Oficial y agente.

Hasta el último día de su vida recordó orgullosa que había recibido en su casa al Comandante de la Revolución, Ramiro Valdés, y que este le había aceptado una tacita de café.

Lo que no supo nunca fue que aquel otro hombre, el agente Oliverio era... el comandante Antonio, Tony Santiago.

Después viene el año 1961. Ya a partir de aquí la Revolución va cogiendo un matiz más rojo; las leyes, nacionalizaciones y la lucha de clases se recrudecen. Vienen las amenazas del exterior, Las movilizaciones. Todas las informaciones de reclutamientos de contrarrevolucionarios en Estados Unidos. Se veía clara que la invasión a Cuba se acercaba. Y se produce el ataque a los campos de aviación, la anteesala de Girón.

En el Buró nuestro tuvimos aquella operación, cuyo centro fue las instalaciones del Ministerio de Transporte que nos cedió Camacho Aguilera, ministro del ramo en aquellos días. Nosotros, mucho antes habia-

mos elaborado un plan para cuando se produjera el ataque. Tomar esa unidad de transporte y controlar la planta y los autos con micro para nuestras operaciones. Y así fue. Antes de llegar la invasión, hablamos con Camacho y tomamos aquello. Distribuí los carros entre los oficiales y bueno, cuando se dio la orden de operar, o sea, detener, yo creo que teníamos mejor dispositivo que operaciones.

Por ahí existe un trabajo que apareció publicado en *Juventud Rebelde*, no es totalmente tal y como sucedió, pero refleja bastante bien la cosa. La Quinta Columna no levantó cabeza. Yo llevaba aún las heridas de España.

Fragmento del artículo aparecido en el periódico *Juventud Rebelde* el domingo 15 de abril de 1979 bajo el título:

•UNA OPERACIÓN HASTA HOY EN SILENCIO. Cómo se neutralizó la Quinta Columna que apoyaría la invasión a Playa Girón.

•Este fue el centro operativo que actuó eficazmente en aquellos días: las naves de transporte de carga por carretera de Plaza, donde los obreros participaron en la custodia de más de 350 cecillitas detenidos y más de 850 mercenarios capturados en Girón.

•Alfredo Guerra: "Después de las palabras del Comandante en Jefe comenzamos a operar. Mi trabajo consistía en atender a un grupo de agentes secretos y actuar en la detención de jefes contrarrevolucionarios de alta peligrosidad. La cooperación del pueblo y los CDR en aquellos momentos resultó imprescindible."

•El que empieza a contar es un viejo luchador a quien los años respetan los recuerdos; sus palabras van al detalle y enumera a un grupo de compañeros que trabajaron con él: "Nuestros jefes eran el hoy teniente coronel Mario Morales Mesa (Miguel) y Coco, ambos oficiales de la Seguridad del Estado; contamos

además con la ayuda de un reducido grupo de miembros de ese Departamento."

•Durante esos días se practicaron alrededor de 400 registros y más de 300 detenciones. Se ocuparon grandes cantidades de armamentos, explosivos y propaganda contrarrevolucionaria.

•También custodiábamos a los mercenarios capturados en Girón. Fue necesario un intenso trabajo en los interrogatorios, los cuales se realizaron dentro de las normas trazadas por la Revolución en esos casos. El promedio diario de descanso para los hombres en esos días era menos de tres horas diarias. Los resultados fueron altamente positivos: contribuímos al fracaso de la contrarrevolución interna."

•Juan Papiol Torrens: "Se oía la invasión y fuimos para las naves de transportes, allí nos entregaron las tarjetas con los nombres, direcciones, señas personales, tipo de organización a la cual pertenecían y el grado de peligrosidad de los elementos que íbamos a detener. Era un trabajo coordinado.

•"Estas tarjetas eran el resultado de un arriesgado trabajo de los compañeros que se hallaban infiltrados en los grupos contrarrevolucionarios; ninguno de los que aparecía en las tarjetas era obrero, sino que procedían de la burguesía."

•Teniente Coronel Mario Morales Mesa: "En el puesto de mando instalado en las naves de transportes se llevó a cabo una operación de mucha importancia. Desde allí se neutralizó la jefatura de lo que sería la llamada Quinta Columna, que secundaría en la retaguardia a la invasión mercenaria."

•Cuando se está frente a este oficial se aprecia que es de los hombres acostumbrados a escuchar, pero no por eso su conversación deja de ser interesante.

•De su trayectoria puede decirse: peleó en España en los días de la República; incansable luchador comunista, asaltante al Palacio Presidencial, y estuvo quince años infiltrado entre los grupos gansteriles.

«Así ha forjado su personalidad el oficial de la unidad que dirigió la operación de Tráfico y Transporte.

«La iniciativa de los compañeros fue un factor importante en este trabajo —comenta—. La falta de técnica se suplió con el valor. La ayuda e ideas aportadas por el compañero Julio Camacho Aguilera tuvieron mucho valor para nosotros.

«La gravedad de la situación fue la causa que nos hizo arriesgar a los agentes secretos. Nos dolía pensar que el abnegado trabajo de estos compañeros pudiera ser descubierto, pero operaron con tanta eficacia que algunos pudieron seguir infiltrados, aún después de Girón, en otras organizaciones contrarrevolucionarias.

«La jefatura consideró que el trabajo fue exitoso.»

¡ATENCIÓN!

Muchas noches despertó Miguel sobresaltado pronunciando con labios secos y faz sudorosa esta palabra de profundo significado, en pesadillas torturantes; cuando, rendido por la fatiga de largas jornadas, tiraba su cuerpo encima de un buró o sobre el viejo sofá de su oficina.

«Cuando viene el fracaso de Playa Girón, la única alternativa que le quedaba a esta gente era atacar contra Fidel. Entonces me designan jefe del Buró de Atentados.

«El primer plan que se detectó fue uno que estaba bien preparado, con bastante armamento. El caso se llamaba "10 de Octubre"; y el oficial que lo llevaba era Lingote. Se iba a ejecutar en Santa Catalina y Boyeros. Pero...»

Documento histórico que se halla en la Sala de Gloria Combativa en la Seguridad del Estado y que recoge este plan de atentado:

Plan: Atentado a Fidel en Santa Catalina y Boyeros

Org. C/R: FRD y CIA

Encartados: Juan Basigalupe Hornedo, Higinio Menéndez Beltrán y Guillermo Coula Ferrer.

En junio de 1961, se celebra una reunión con la asistencia de un elemento infiltrado en Cuba por la organización contrarrevolucionaria Frente Revolucionario Democrático (FRD), quien trae la orden de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), de realizar un atentado contra el Comandante en Jefe Fidel Castro.

Para ejecutar dicha acción habían sido designados Juan Basigalupe, Higinio Menéndez Beltrán, Guillermo Coula Ferrer y otros.

Tenían planeado realizar el atentado en el cruce de las calles Santa Catalina y Boyeros. A esos efectos consiguieron la cooperación del propietario de un fregadero de autos, una camioneta, dos bazookas, granadas de fragmentación, ametralladoras y otras armas, muchas de las cuales tenían ocultas en un solar yermo detrás del fregadero de autos. Al ser detenidos, Coula Ferrer e Higinio Menéndez, confesaron que la CIA era el centro director del plan. Los encartados mantenían contacto a través de la Base Naval de Guantánamo y de una embajada de un país capitalista y con oficiales de la CIA, quienes le proporcionaron instrucciones y medios para la operación.

«Yo tenía conocimiento de todas las actividades del Comandante en Jefe, para poder evaluar las informaciones sobre planes de atentado.

«De una manera u otra participé en la frustración de casi todos los planes que la CIA y la contrarrevolución preparaban contra Fidel. Recuerdo, el de la terraza norte de Palacio, que se ha divulgado. "¡No pueden hacerlo, los tenemos que coger!", eso pensé muchas veces en aquellos días.

«Iban a disparar un bazookazo contra los dirigentes del gobierno, desde el octavo piso de un edificio que se halla frente al Palacio; hoy Museo de la Revolución. la organización contrarrevolucionaria que lo planeó fue el MIR. Lo ejecutarían durante un acto que se celebraría en esos días, el recibimiento del presidente Osvaldo Dorticós, en la terraza norte del Palacio Presidencial. Se sabía también que estas organizaciones tenían un plan para quemar las principales tiendas de La Habana.

«Los planes de sabotajes se conocían como un detalle más. Entonces se puso vigilancia en todos los establecimientos importantes y así se detuvo a una mujer in fraganti, recuerdo que se llamada Dalía, en los momentos que ponía una petaca incendiaria en unas telas de la tienda Sears. Una cosa bien preparada. Las casas comerciales en esa época siempre cerraban a las seis de la tarde y la mujer entró a las seis menos cinco minutos. Resultó ser hermana del jefe del plan de atentado de la terraza norte. Aún no tenemos toda la información para proceder contra los encartados, así, con esta detención logramos ganar tiempo y buenas informaciones.

«Empezamos a interrogar a esta mujer sobre la base del otro plan, el de la quema de tiendas, claro, para preservar a los agentes. El problema era que ella misma debía confesar lo del atentado. Bueno, se produce un caso muy simpático, además de trágico. Ella llevaba varios días presa, cuando se le escapa un tiro a un custodio, que era joven. Entonces hay que sancionar

a este muchacho por la negligencia y sucedió que la detenida, o bien porque quiso darle esa salida a su situación, o dar muestra de arrepentimiento, váyase a ver la razón, planteó que al no sancionaban al custodio, al combatiente, ella lo declaraba todo. Y, bueno, así obtuvimos nuevos datos sobre este plan. Sobre todo, sus declaraciones nos sirvieron para cubrir a los agentes.

«Entonces salimos a buscar el lugar desde donde iban a disparar. Nosotros sabíamos que sería desde el octavo piso de un edificio situado frente a la terraza norte del Palacio.

«Fuimos Torres y yo. Nos personamos en la Muralla de La Habana y desde allí empezamos a localizar un edificio con esas características. Lo más parecido era el edificio donde hoy se encuentra el Poder Popular de Ciudad Habana que en aquella época pertenecía a los CDR. Pero, ese edificio tiene dos torres, una el del local de los CDR y la otra, de la misma construcción, utilizada para apartamentos. Pero esa no se veía a simple vista. Parecía que todo era de los CDR. Bueno, casi nos vamos. «¡Esto es un engaño!», dije yo. Pero entonces me quedé mirando el de los CDR y me dio por encaminarme hacia él. Intuición de policía. Le pregunté al miliciano que estaba en la entrada y me dice que la otra torre no pertenecía a los CDR, era un edificio de apartamentos de... ¡ocho pisos!

«Arrancamos para arriba. "Hace como cinco días que la gente de aquí no se ve", nos dice el encargado. Tocamos la puerta y nada, no respondieron. Recorde que desde hacía una semana la mujer estaba presa.

«Entonces buscamos un cerrajero y abrimos la puerta. Una casa normal: los muebles, la ropa en los closets, todo en orden. Torres, mi compañero, comenzó a tocar las paredes y descubrió una pared falsa en un

...La derrumbamos y ahí estaba todo el armamento que pensaban utilizar en el atentado, inclusive el plan estaba escrito por ellos mismos. Cuando me asomé a la ventana se veía perfectamente el Palacio Presidencial.

-En ese trabajo de liquidación de los planes de atentados estuve hasta el año 1966. En esa época sucedieron muchas cosas. Era un trabajo fuerte. No se podía fallar. Esa vida efectuó mis nervios. Mucha tensión.

-Estuve también en la frustración del plan de Mario Salabarría. Este había sido uno de los tipos más famosos dentro del gansterismo en Cuba. Cae preso cuando los sucesos de Orfila, en el año 1947 y cuando triunfa la Revolución lo ponen en libertad. Esa generosidad de nosotros. La CIA lo recluta y le orienta a intentar contra Fidel. Lo cogimos en 1962.

-Salió hace poco. Recuerdo que antes de ponerse en libertad lo fui a ver; porque el Partido está interesado en hacer la historia de toda esa época y el gansterismo tuvo su papel en Cuba. Entonces nosotros lo entrevistamos y escribió toda su historia como ganster. Aparte que yo lo conocía. Ya debe haberse marchado del país.

-Y, así, bueno, en todos los planes de esos años. Otros compañeros trabajaron y siempre Abrantes y Ramiro, en todos.

-Varias veces acompañé a Abrantes a entrevistas con Fidel. Él se interesaba por todo y nos exigía que fuéramos objetivos, muy justos, y que respetáramos al enemigo. Aunque atentara contra su vida. Eso no era fácil. Pero se respetaban.

-Después de cinco años de duro trabajo, viviendo con la pupila insomne, se decidió mandarme a superar el examen de ingreso a la Unión Soviética.

-Después de nuevo continué el trabajo en la Unión Soviética. A pesar de mi edad, ya rondo los sesenta

y cinco, sigo siendo ágil y dinámico. Ya no podría vivir de otra forma, solo que ahora, necesito recordar el pasado más que antes, regresar a él. Creo haberle sido fiel a los caídos.

Sobresaltado, Miguel dejó de aplaudir y, mirando a su alrededor, observó cómo los presentes en el teatro comenzaban a sentarse. Sintió sus manos ardientes y al mirarlas, las vio rojas. Sólo entonces comprendió que mientras aplaudía, emocionado y prolongado, la designación de Fidel como Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, había recordado toda su vida.

Mario Morales Mesa, Maxim, Miguel, había asistido como delegado al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.

SINTESES BIOGRAFICA

Mario Morales Mesa (Miguel)

Grado Militar: Teniente Coronel

Edad: 65 años

Nivel Escolar: 8vo. grado

Ingreso en el Partido: 1969

Tiempo de servicio: 21 años

Trayectoria Revolucionaria: En el año 1933 ingresa en la Liga Juvenil Comunista, y participa en actividades de agitación y propaganda. Al producirse la huelga re-

volucionaria de 1835 fue detenido y sancionado a dos años de prisión. En 1937 trabaja en la Comisión del Partido que selecciona y prepara a los cubanos que van a defender con las armas en la mano a la República Española. A finales de este año sale rumbo a España al frente de un grupo de cubanos. Participa en importantes batallas como miembro de las Brigadas Internacionales. Lo hacen miembro del Partido Comunista Español. Fue activista del Ejército Republicano.

A su regreso a Cuba, por orientación del Partido Socialista, penetra al Partido Bolchevique, de orientación troskista y posteriormente se vincula a los gánsters ante informaciones de que estos preparaban atentados contra dirigentes del Partido. En 1944, orientado por el Partido, ingresa en la Policía Secreta, y brinda información de interés al Partido. En estas tareas de agente secreto al servicio del Partido Socialista Popular permanece durante quince años.

En el año 1947 participa en los preparativos de la expedición de Cayo Confites, y es detenido en unión de otros compañeros al abortarse el plan por las autoridades que los traicionaron.

Al producirse el golpe del 10 de marzo de 1952, abandonó el cargo de detective de la Policía Secreta, se dedicó a las actividades revolucionarias y participa en diferentes acciones. Interviene en los preparativos del asalto al Palacio Presidencial, frustrado en agosto de 1956 y ejecutado el 13 de marzo de 1957, aunque en el ataque no pudo entrar en acción al no llegar las armas.

El 1ro. de enero de 1959, participa en la toma de la Policía Secreta y con las armas ocupadas, en coordinación con otros grupos, apoyan la huelga general orientada por Fidel. Días después es nombrado subdirector jefe del Buró de Drogas y en mayo de 1959 ingresa en el Departamento de Seguridad del Estado.

Distinciones obtenidas:

Orden 10 Años de Servicio.

Seleccionado a la tribuna del acto del vigésimo primer aniversario del asalto al cuartel Moncada.

Medalla XX Aniversario del Moncada.

Medalla XX Aniversario de las FAR.

Medalla XX Aniversario de la Policía.

Distinción XX Aniversario de los Órganos de la Seguridad.

CUMPLIR CUALQUIER MISIÓN, POR DIFÍCIL QUE SEA

Testimonio del fundador
de Tropas Especiales
Pedro Rodríguez Tamayo

Son numerosas, muy numerosas, las actos de heroísmo protagonizados no sólo frente al enemigo imperialista, en extraordinarios hechos que ya constituyen leyendas, sino también en sus servicios a la causa revolucionaria de otros pueblos. No hay prácticamente ninguna página gloriosa de esta historia internacionalista en que no estén presentes los combatientes del Ministerio del Interior; pero en la última y quizás más gloriosa página escrita por nuestro pueblo en el campo de la solidaridad internacional, el apoyo al pueblo de Angola, los combatientes del Ministerio del Interior escribieron su página más brillante.

Comandante en Jefe, Fidel Castro

(Discurso por el XV aniversario de la fundación del MININT, 6 de junio de 1978)

El avión de Cubana de Aviación detuvo totalmente sus carizados y orgullosos motores sobre la pista del aeropuerto de Luanda, en la capital angolana.

Unos minutos después descendían por la escalera a sus pasajeros. El taxi-way, donde se hallaba parquéeada la nave *Britania*, se encontraba alejado de cualquier mirada furtiva. Cosa curiosa: todos los viajeros eran hombres.

—La lucha continua, la victoria es cierta. —Gritó un joven empleado a los recién llegados. Era flaco, ligeramente encorvado, de piel negra brillante. Algunos respondieron con sonrisas muertas el saludo. En sus rostros se reflejaba el cansancio de casi veinticuatro horas de vuelo.

El joven angolano, diligente, los condujo hacia los ómnibus que se hallaban casi en la misma pista.

Al rato atravesaban la ciudad de Luanda. Serían las nueve de la noche. La ciudad, engalanada de anuncios luminicos, no mostraba en toda su dimensión la tensión que vivía. Ni los transeúntes que paseaban o simplemente se movían, demostraban agitación. Pero a Pedro Rodríguez Tamayo, sentado en primera fila, le llamó la atención la profusión de letreros con las consignas: Viva MPLA, Viva el camarada Agostinho Neto, y aquella que escuchó en el aeropuerto. Estas se mezclaban con los anuncios de la Coca-Cola, Exxon, el whisky White Horse y la Cuca en un conjunto antagónico de revolución y penetración. No pensó ver tan altos edificios. Pronto verían sus ojos que estas ciudades representaban manchas de aceite en un inmenso mar de miseria y hambre.

Y es que las ciudades angolanas nada tienen que envidiar a sus homólogas europeas. Como tampoco los barrios, villorios y aldeas, asiento de la mayoría negra de Angola, tienen qué envidiarle a sus semejantes en África del Sur, Malasia o Brasil.

Cuando los soldados internacionalistas cubanos arribaron a Angola, la república anhelada por todos parecía

que no nacería. Rodeada por enemigos, su capital, única plaza aún no ocupada por los invasores, se apresuraba a la defensa. Era el 9 de noviembre de 1965. Dos días más tarde debía arriarse la bandera colonialista y sería proclamado presidente, el gestor de la lucha, Agostinho Neto.

Casi era medianoche cuando llegaron al campamento, un cuartel que antaño cobijó a los soldados portugueses. De inmediato comenzó el equipamiento de la tropa. Estaban cansados, pero el soldado duerme mejor junto al fuell.

—Compañeros, la situación del norte se torna muy difícil. El cabecilla contrarrevolucionario del FNLA, Holden Roberto, está a las puertas de Luanda. Y al igual que los nazis en las puertas de Moscú, ha anunciado el banquete y desfile por la toma de la ciudad.

El capitán Pedro y sus hombres escucharon con atención a su jefe. Sabían que tenía por costumbre explicar las cosas sin rodeos ni palabrerías altisonantes.

—El Mando del MPLA nos solicita incorporarnos de inmediato al frente norte donde sus hombres combaten encarnadamente.

—Bueno, muchachos, ni hablar, para el Norte. En definitiva aquí hay que combatir hasta el final —comentó un internacionalista.— Siempre nos hemos fajado con el norte y le hemos dado tute —dijo otro y los que le escucharon captaron el sentido de sus agudas palabras. Algunos sonrieron.

EL PRIMER COMBATE

Quinfandongo, en las cercanías de Luanda. Zona llana y boscosa; el río que lo atraviesa y que surte de agua la ciudad se aprestaban a cruzarlo las tropas del agente de la CIA, Holden Roberto.

—¡Abajo FNLA, viva MPLA! —gritaba la población a los combatientes.

Algunos no sabían la nacionalidad de aquellos hombres blancos, pero sabían al lado de quién peleaban. Para el capitán Pedro y sus compañeros resultó impresionante el espectáculo de esos niños descalzos con el vientre inflamado, las mujeres con las tetas descubiertas y grandes ceatas en la cabeza y aquellos hombres viellendo taparrabos, y tan cerca esas ciudades. «En todas partes tienen la misma cara —pensó Pedro—: como lo fue en mi patria.»

Entre los jefes que allí estaban distinguió al comandante Raúl Díaz Arguelles, a quien admiraba y respetaba. Este, al reparar en los recién llegados, con pasos largos y resueltos, se encaminó hacia los internacionalistas del Batallón de Tropas Especiales, estrechándoles con cruzados abrazos y apretones de mano.

Al llegarle su apretón, Pedro le preguntó:

—¿Cómo anda la cosa, comandante?

—Esto marcha bien. Vamos a ayudar a los angolanos para liquidar la gente del FNLA y después fajarnos con los sudafricanos.

En el rostro del comandante se dibujó una amplia sonrisa que produjo en Pedro el relajamiento de sus músculos y la normalización de la presión arterial. Tal fue el influjo de aquella personalidad que a grandes pasos volvió a alejarse. Y es que nuestros jefes militares, encabezados por Fidel, están equipados con las más ricas tradiciones de lucha heredadas de nuestros mambises. Y el optimismo, la fe y la confianza en la victoria, nacida de las entrañas de la razón ha regulado un arma mortífera en manos de nuestros soldados.

«Basta con doce hombres para hacer la independencia de Cuba —dijo Carlos Manuel de Céspedes.— ¡Con la vergüenza!» —respondió Ignacio Agramonte cuando le preguntaron, con qué contaba para lu-

char contra los españoles. «A Cuba se llega en una uña, o en un levitán» —escribió Martí en visperas de su desembarco en la amada patria después del fracaso de la Fernandina. «Esto marcha bien» —dijo Antonio Maceo cuando, con sólo un puñado de hombres de su escolta se enfrentó con una numerosa tropa española y las balas silbaban por sobre su cabeza. «¡Ahora sí ganamos la guerra!» —dijo Fidal, cuando en Purlal de Vicana, Sierra Maestra y después de lo de Alegria del Pío, se encontró con Raúl, con lo que se pudieron reunir siete fusiles y unos pocos hombres.

El FNLA había concentrado al grueso de sus tropas para el asalto final que los llevaría hasta Luanda. Así pensaron. Pero, el bosque donde se hallaban ocultos fue descubierto por los exploradores del MPLA. De inmediato se impartieron órdenes precisas a los artilleros de las baterías BM-21.¹ Una lluvia de cohetes aniquiló la formación enemiga. Los soldados angolanos que se hallaban en primera fila se encargaron de los remanentes que habían huido desparavidos. Estos jóvenes, días antes detuvieron el avance de Holden Roberto, durante largas horas de cruentos combates. Luanda se hallaba a sus espaldas.

Así concluyó la batalla de Quinfandongo.

De regreso al campamento, los combatientes del Batallón de Tropas Especiales disfrutaron de unas horas

¹ Versión moderna de la legendaria artillería reactiva conocida por Katiuska.

de descanso, las aprovecharon para improvisar un acto político y así festejaron la proclamación de la República Popular de Angola y el nombramiento de su primer presidente, el camarada Agosthino Neto. Era el 11 de noviembre de 1975.

...Rasgando las tinieblas de la noche con la llama de las antorchas avanzan hacia la Plaza del Primero de Mayo quienes iniciaron aquel lejano día de febrero de 1961 el asalto de los bastiones del colonialismo portugués en Angola. Marchaban ahora por las calles de Luanda, a lo largo de un callejón humano y miles de personas aplaudían a los héroes que, en aquellos tiempos difíciles, habían hecho brotar una chispa de esperanza en el alma del pueblo angolano. Al mismo tiempo que los veteranos desfilaron por las calles de Luanda, la joven generación sostenía en distintas partes del país una encarnizada batalla contra los enemigos de Angola que intentaban arrebatarse al pueblo la independencia recién conquistada.¹

DETERNER AL EJERCITO «INVENCIBLE»

Aún no se acallaron los vitores del pueblo por la gloriosa jornada, ni despuntado el alba de un nuevo ama-

¹ El arma secreta en África, del periodista soviético Oleg Ignátiov, testigo excepcional de aquel momento histórico.

necer, cuando la tre. compañía del batallón de inter-
nacionalistas partió al sur de la capital, a donde iban
aproximándose los racistas sudafricanos en contubernio
con los títeres de la UNITA, después de atravesar más
de mil kilómetros abriendo las entrañas de la tierra
angolana. Ante la superioridad militar del ejército de
África del Sur, las guerrillas del MPLA, acostumbradas
a otro tipo de guerra, no pudieron contenerlo.

Así las cosas, llegaron los cubanos a la orilla del
rio Cubo-Kaba. El puente yacía bajo sus aguas. Los
combatientes cubanos lo habían destruido para evitar
su cruce por el enemigo. Esto permitió ganar el tiempo
justo a fin de prepararse para el enfrentamiento.

El primer combate era muy importante, tanto militar,
como psicológicamente. Ya otra compañía del Bon
había sostenido un combate en Novo Redondo. Nos
tocaba, ahora, a nosotros. Los sudafricanos, al com-
prender que no sería fácil atravesar el río por esa
zona, se movieron a su derecha.

El pelotón del capitán Pedro, al mando de su jefe,
el también capitán Antonio Tenjido, ocupó posiciones
frente a los racistas blancos. El río allí era más an-
gosto y un pequeño puente unía las dos orillas. Todo
indicaba que el enemigo intentaría atravesarlo.

—¿Dónde es tú? —preguntó Pedro al joven angolano
simulando un acento portugués.

—No, jefe, no hace falta inventar —intervino otro
combatiente cubano y a renglón seguido preguntó:

—¿De dónde tú eres?

—Lobito —respondió claro el guerrillero. Era flaco
y de mediana estatura.

Ambos sonrieron. No sería difícil entenderse.

—¿Y dónde está Lobito? —inquirió Pedro.

El angolano tomó una pequeña rama y la deshojó.
Cuando tuvo en sus manos una vara, trazó sobre la
tierra unas líneas. Se fue haciendo un grupo de angolanos
y cubanos y el ambiente se animó. Hablaban de

la guerra y de la tierra, de la guerrilla y la familia y
bromeaban a costa del enemigo.

Tres días permanecieron las tropas revolucionarias
afrolatinoamericanas en aquellos parajes abruptos de
Cachueira. El amanecer del cuarto día fue de truenos
y centellas. Los sudafricanos realizaban una potente
preparación artillera preludio de su ataque. Dentro
de las trincheras de acá, cubanos y angolanos se apreta-
ban contra la tierra. Próximo al puente, camuflageados,
los soldados del pelotón de Pedro sentían el silbido de
las balas y los morteros al cortar el aire. Las explo-
siones hacían saltar por los aires la tierra húmeda
para caer seca sobre las espaldas de los hombres.

Después se hizo el silencio. Todo había durado
quince minutos. Pedro levantó la cabeza y llenó sus
pulmones de aire puro; vio sus piernas entumecidas.
Miró a su alrededor, hacia las posiciones de sus hom-
bres y aunque ocultos, notó que estaban vivos. Poco
a poco fue recibiendo señales de estos.

—No tenemos bajas —dijo sonriendo suavemente al
tiempo que se frotaba la cara con sus manos, limpián-
dola. Sus mejillas mal afeitadas y sus pequeños ojos
descoloridos no demostraban fatiga alguna. Las pie-
zas de setenta y cinco milímetros y las bazookas,
ocultas en sólidas posiciones, se encontraban intactas.

—León a Pantera... ¿cómo andan por ahí? —pregun-
taron por la radio desde el puesto de mando de la
compañía situada un poco más atrás.

—Sin novedad —respondió el radista.

—A prepararse, ahora viene lo bueno, déjenlos avan-
zar y a darles duro. —Así cortó el jefe la comunicación.

Minutos después el ruido de un motor comenzó a
vibrar en el éter. No cabían dudas.

—Dile a Arnulfo que no abra fuego hasta que estén
sobre el puente y al resto de los compañeros que no
se dejen ver.

El operador de radio se apresuró a transmitir la orden
del jefe. Arnulfo manejaba un cañón de setenta y cinco

y se hallaba a su derecha en un ángulo que propiciaba el tiro sobre el puente.

El tanque enemigo que encabezaba la marcha llevaba en su interior a un alto oficial blanco del ejército sudafricano. Mirando por la torreta, sólo veía la espesura del monte y una línea blanca: el puente. «No deba haber quedado nadie, pasaremos sin dificultad» —pensaba. Reclate por vena, estaba firmemente persuadido de la invencibilidad del ejército sudafricano. Mientras..., la mirilla del cañón de Arnulfo lo tomaba como el lente de una cámara.

El proyectil perforante hizo impacto directo en el blindaje del tanque alzándolo por los aires. Cuando cayó, un barrage de fuego cruzó por su lado camino de la infantería enemiga. Pero el alto oficial blanco, del invencible ejército reclata, ya no sentía nada.

—Arriba, muchachos, duro con estos hijos de puta —animaba Pedro a sus hombres con voz sonora, mientras su fusil AK cantaba. Parecía otro hombre, gritando, moviéndose de un sitio a otro, arengando, instruyendo. El hombre dulce, de voz suave y rostro bonachón había cedido paso al combatiente todo nervio de acero. El combate fue encarnizado. Decenas de soldados enemigos, muertos o heridos yacían o se replegaban. Dos horas después de que Arnulfo cortara la cinta con su afilado cañón acabó el combate. Los restos del otrora invencible ejército pusieron pies en polvorosa.

La alegría se desbordó en las llas de los combatientes angolanos y cubanos, quienes se abrazaban con euforia. En el aire se estrechaban las consignas de **La Lucha Continua, la Victoria a Corta y el Patria o Muerte.**¹ Con este combate y el que sostuvieron en Ebo, días antes, otros compañeros, se detuvo a los sudafricanos. Después se tomaron las medidas para evitar cualquier sorpresa del enemigo. Al caer la tarde, el jefe de la

¹ En el sitio donde se libró esta importante batalla, hoy se erige un monumento en recordación a los internacionalistas cubanos.

compañía llevó hasta el capitán Pedro a un grupo de dieciséis soldados angolanos:

—Pedro, te traigo estos combatientes del MPLA para que se unan a tu pelotón y los enseñes todo lo concerniente a la guerra. Te adelanto que son muy buenos en el combate. —Pedro estrechó sus manos, intercambiándose los saludos de rigor. Reparó en uno de esos que le hizo sonreír, pues permanecía erguido como si estuviera frente al mismo presidente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al tiempo que fijaba su vista en un amuleto prendido al cuello de este.

—¿Andrés Quomuanga Manuel! —dijo gritando y siguió: ¡hijo de Andrés y Dolores, vivo San Bacallú, término de Taratantu! —La forma simpática del muchacho, su viveza y dinamismo hicieron reír, ahora, a todos.

El capitán Pedro les habló y al final, dirigiéndose a aquel simpático muchacho, le dijo:

—Andrés, en lo adelante, no te vas a separar de mí.

—Bastó eso, para que el muchacho se convirtiera en mi sombra —recordaría después Pedro.

Esa noche permanecieron en aquella zona. Después de revisar las trincheras de sus hombres, Pedro se retiró a la suya, seguido de Andrés Quomuanga Manuel.

Aunque sentía sueño, decidió esperar un poco más antes de entregarse en los brazos de Morfeo.

—Andrés —pronunció mientras un bostazo alargó el nombre—, háblame de tu vida, de tus padres, de tu niñez.

Andrés, gustoso, comenzó a relatarle y con algún esfuerzo, debido a algunas incomprendiones del portugués y al sueño, Pedro comenzó a experimentar una sensación de agradable identificación con el hijo de Andrés y Dolores.

Al rato, extendió su mirada al cielo estrellado y pensó: «La vida del pobre tiene el mismo color en cualquier lugar del mundo. ¡Cómo se parece a mi propia niñez!»

LA NIÑEZ DE PEDRO

«Nací al sur de Guantánamo, en una zona llamada Filipinas. Cerca de allí se halla Casimba, lugar donde vivieron los Maceo.»

Al pronunciar esto último, Pedro no ocultó el orgullo por ese sitio histórico. Y es que la historia de la patria ha cultivado en él, sentimientos que lo enlazan al suelo de la tierra que lo vio nacer. Es, hablando con propiedad, un genuino patriota.

Pedro Rodríguez Tamayo ocupó el noveno lugar de una prole de doce que parió la madre.

«En el año 1952, debido a la mala situación económica, agravada ese año por la sequía, mi padre decidió irse al pueblo de Guantánamo, donde mi abuelo había comprado una casa con el arriendo de una finquita.»

Pedro recuerda, con memoria brillante, la casita, en la entrada del pueblo. Forrada de madera, la pared del fondo tuvieron que cubrirla con planchas de zinc y algunos cartones. Uno de aquellos anunciaba la Coca-Cola, y a veces, cuando Pedro lo miraba, le entraba sed. Entonces corría al pozo.

Flaco de tierra, fue todo un acontecimiento cuando le echaron cemento.

«La vieja nos peleaba por entrar con los pies descalzos llenos de tierra... pero no había zapatos.»

En dos cuarticos dormían los catorce de familia. Pero la casa de Bernabé y Josefa era reina en el barrio. Otras la había de yagua y cartón.

En esa otrora paisaje cubano no podía faltar una pineda triste: el hambre. En casa de Pedro no siempre se comía. Por su mente pasan los recuerdos de los trozos de piltrafa que, por encargo de la madre, compraba en la carnicería. Los vendedores la traían en

lajas del matadero. Era carne de desecho. En la capital, los pudientes la compraban para sus colillas y boxlera. Pero los perros de Guantánamo no se podían dar ese lujo.

«No teníamos luz eléctrica, pero había un vecino que nos pasó un cable de su casa y cobraba treinta centavos al mes. Recuerdo una ocasión que el viejo mío no le pudo pagar y aquel hombre nos cortó la luz.»

La voz de Pedro es tan suave, que para escucharlo hay que estar próximo a él.

«La vieja lavaba para la calle y mi padre seguía de paón en las fincas. Los hermanos mayores también ayudaban y los más pequeños comenzamos a ir a la escuela. Así fui yo cuando tenía nueve años, ya estaba hecho.»

El origen de clase de Pedro es campesino y esto se manifiesta a cada momento en su personalidad. Más bien, parece que ha cultivado la frescura de la vida en el campo. Su lenguaje simple, sin perogrulladas, pone al descubierto la nobleza de su alma. Y que por ello no se traduce en pasiva contemplación. No por que lo habitó cerca de la sombra que cobijó a los Maceo.

«Era una escuelita pública, recuerdo que era la número once. Entonces yo empecé a ir allí. Era un caserón de madera, grande. Tenía un patiecito detrás, donde los niños comían la merienda. Las aulas eran feas y algunas no tenían pizarra. Se estudiaba una sola sesión.»

Muy profundos han quedado grabados los recuerdos de aquella escuelita en la mente de Pedro.

«Había muchachos que no llevaban nada de comer. Yo compartía con algunos. Otros tenían que irse a sus casas durante las clases porque le daban mareca, se deamayaban. Yo recuerdo que había un niño flaquito, que siempre a eso de las once tenían que ir a buscar a su madre porque no resistía y se ponía frío y pálido. Era de hambre. Creo que se llamaba Carballo.»

A Pedro no se le ocurrió decir: se llama Carballo quizás al enterrarlo pensó en el hambre y no en aquel amiguito; para él que tal vez, la Revolución llegó a tiempo, arrebatándosele a la muerte como sucedió con tantos miles de niños.

«En el patio de la escuelita había dos árboles: de mangos y guayabas. Un día, el director los mandó a cortar por las indisciplinas. Aquello fue una bronca tremenda. Los muchachos gritaban. Para muchos esa era su merienda.

«Recuerdo también una niña, hija de un dueño de tienda y bolillero, que llevaba muchas cositas y los muchachos nos poníamos de acuerdo para robarle las galletitas y caramelos. Se formaba un lío y la maestra nos regañaba. Pero al otro día era lo mismo. Y es que el hambre no escucha consejos.

«Muy pocas veces se hablaba de Martí, aunque recuerdo que a la entrada del "Kinder" había una bandera cubana, viejita. La maestra no se compenetraba con los muchachos, pero no era mala; yo creo que se adaptaba a la situación.»

Aguda observación. Esa era la triste imagen de un maestro en la Cuba de ayer.

«Llegué hasta el tercer grado; de números, nada y leer, muy poco. Entonces el viejo se enfermó; una úlcera que poco después lo llevó a la tumba. Yo quería seguir estudiando, pero no pude. Mi madre y mi tío hablaron con un señor dueño de una tienda y me coloqué de dependiente, sin cobrar nada, eso vendría poco a poco. Recuerdo que la vieja, un poco nerviosa, me dijo que tenía que dejar la escuela para ayudar en la casa. Comencé a chocar con la realidad de la vida. En ocasiones pasaban por el pueblo familias desalojadas que no tenían adonde ir. En los relatos de estas gentes siempre estaba presente el atropello. En el pueblo también sucedían hechos de maltratos y abusos de la guardia rural. Un día en la tienda donde yo trabajaba había un grupo de amigos míos y llegó

un guardia rural, no sé por qué. Este sacó el revólver y le fue a pegar, pero el muchacho se movió a un lado y el golpe dio en el mostrador, astillándolo. Imagínate, así le da, con un revólver 45. Ahí mismo se entraron a golpes y se lo llevaron.»

Cuántas huellas habrán dejado esos hechos en la mente del joven Pedro y qué triste su juventud y qué pocas esperanzas. Pero la vida de Pedro transcurría en el centenario del natalicio de nuestro Héroe Nacional.

«Entre esos esbirros, sobresalía el sargento Agüero, que después fue fusilado. Por él tuve conocimiento del asalto al cuartel Moncada. Se puso a decir que eran unos bandoleros, que estaban locos y otras cosas más. Conoci más, pues mi hermana estaba casada con un compañero que trabajaba en una mina y por aquellos días lo cogieron preso y lo llevaron a Santiago. Ella lo fue a ver y cuando regresó nos dijo cosas que jamás había escuchado acerca de las motivaciones de aquellos hombres. Yo sabía que no eran bandoleros. Así transcurrieron los años, sin otro motivo que trabajar como un mulo en la tienda, entregarle al poquito dinero que ya ganaba a la vieja que se me moría llevando ropa. Un día, al levantarme y dirigirme a la tienda, observé movimientos desacostrados de guardias. Apreté el paso pues sabía que en la tienda algo sabían. Y, electivamente, comenzaron los rumores del desembarco del «Granma». Días después los guardias, borrachos, andaban diciendo que los habían liquidado a todos en pleno desembarco. Pero ya no les creí.

«Yo tenía en ese entonces, año 1956, diecisiete años.»

Este momento fue decisivo para Pedro. Su vida se detuvo y lo que hubiera sido desandar el camino de su padre, ya fallecido, se trocó por un camino de lucha, emancipación y libertad. Y es que así fue para todo el pueblo cubano que parecía adormecido. Fue como

si el Moncada y el «Granma» hubieran tocado las campanas de La Demajagua.

JUNTO AL MPLA, ARROLLANDO AL ENEMIGO

—¿Qué edad usted tiene? —preguntó Andrés al capitán Pedro, al concluir su relato ya entrada la madrugada.

Pero no hubo respuesta. El combatiente del MPLA se acercó y comprendió que su jefe se había quedado dormido. Para cerciorarse lo tocó ligeramente por el hombro, mas Pedro se enroscó en su colcha y despidiendo un fuerte ronquido hizo saber que hasta nueva orden no lo despertaran. Después Andrés supo que el capitán Pedro Rodríguez Tamayo tenía treinta y cinco años.

El pelotón permaneció algunos días más en la zona de Cachueira. El resto de los integrantes del Batallón se hallaban en otros frentes de batalla, en primera línea de combate.

La estancia allí, le permitió a Pedro y a sus hombres relacionarse con la población autóctona, conocer sus hábitos, costumbres y apreciar su sencillez y laboriosidad. Y acrecentar su odio al imperialismo.

«Recuerdo una de las cosas más grandes que me han ocurrido en la vida... Nosotros estábamos allí, en la defensa. Los campesinos que trabajaban en esa zona nos llevaban plátanos, yuca y otras cosas más. Entre ellos, había una angolana que estaba de parto y comenzó a sentir dolores. Imagínate, la llevamos para una casita y allí parió. Yo cargué al chiquito y le corté el cordón del ombligo con el cuchillo de la bayoneta y luego lo envolví en un trapo que ella tenía y se lo llevé. Bueno, ¿quién te diga que a los tres días vamos a la mujer trabajando en el campo? Eso jamás se me olvi-

dar.» —Relataría Pedro a su esposa, cuando de regreso a su casa, revivía aquellos días.

Pedro fue promovido a jefe de pelotón, pues a Tenjido lo trasladaron a otro frente de batalla.

A fines de noviembre fueron movidos hacia la zona de Ebo, y permanecían varios días defendiendo esas posiciones para retornar de nuevo al sur de Quibala, donde ocuparon posiciones frente al Cerro Tongo, lugar donde se habían desarrollado fuertes combates, en los que se destacaron otros combatientes del Batallón de Tropas. Aquí, Pedro asumió el mando de la compañía y le adicionaron una unidad de carros de combate, conocidos como BTR. De inmediato se prepararon las condiciones para la defensa. Durante una visita de inspección, Pedro le dijo al comandante que se habían tomado todas las medidas y que combatirían hasta el último hombre, pero los sudafricanos no pasarían.

Efectivamente, el 12 de enero el enemigo lanzó su ofensiva, tratando, precisamente, de irrumpir por la zona donde se hallaba emplazada la compañía del capitán Pedro Rodríguez. Comenzó una batalla cruenta, caracterizada por los duelos de artillería, tratando los sudafricanos de quebrar las posiciones revolucionarias para lanzar una infantería. Transcurrieron varios días y la compañía de Pedro resistía sin ceder un palmo de terreno. Incluso un pelotón logró avanzar casi dos kilómetros. Una mañana, en que, cosa rara, reinaba la calma, Pedro escuchó un fuerte tiro que provenía de la avanzada.

—¿Qué pasa, Elías? —preguntó por el equipo de radio 105 al jefe de aquel grupo que había logrado conquistar días antes el palmo de terreno en su frente.

—¡Estamos combatiendo contra una gente que quiso entrar por aquí! —respondieron de allá.

—¿Y qué tipo de gente son?

Tardaron unos segundos en responder hasta que entró clara, la voz del capitán de Tropas:

—¡Blancoel

De inmediato el capitán Pedro comunicó al Puesto de Mando del frente, a quien explicó los detalles del combate que se estaba desarrollando. Poco después el Mando del MPLA solicitaba que se tomaran prisioneros entre la tropa enemiga.

Así transmitió la orden a sus hombres, quienes modificaron el enfrentamiento. Comenzaron a lanzarle proyectiles de bazookas en los costados del grupo más definido de los soldados enemigos. Minutos después los sobrevivientes se rindían. Eran cuatro soldados del ejército del sur de África.

Fueron conducidos al Puesto de Mando de la compañía y sometidos a un primer interrogatorio.

—Ora, tú que sabes Inglés, habla con ellos a ver qué te dicen.

Los racistas blancos miraban nerviosos a los combatientes cubanos y angolanos que los habían capturado. Jamás pensaron, cuando atravesaron la frontera, que se verían en semejante situación.

—Where are you from?

(¿De dónde son ustedes?)

—We are South African Soldiers.

(Somos soldados de África del Sur.)

—Which military unit do you belong to, and who is your commander?

(¿A qué unidad militar pertenece y quién es el jefe?)

—To the 2nd regiment of the Corp-Army Guardian of Apartheid; the commander is Colonel Ian Bernard.

(Al 2do. regimiento del Cuerpo del Ejército Guardianes del Apartheid; el jefe es el coronel Ian Bernard.)

—When did you invade Angola?

(¿Cuándo invadieron Angola?)

—Two months ago we crossed the Namibia frontier. (Hace dos meses atravesamos la frontera por Namibia.)

—Why did you attack Angola?

(¿Por qué invadieron Angola?)

—We do not know. They did not tell us. You know..., we are soldiers.

(Nosotros no sabemos. Ellos no nos informaron. Usted sabe..., somos soldados.)

—But you should know why you fight for. I am a Cuban soldier; I know why I am here. I did not come to invade another country, I am struggling with the people of Angola in order to defend their invaded country. Between us there is a great difference, you are a mercenary and I am an internationalist revolutionary fighting against racism just like other Cubans went to Spain forty years ago in order to fight against fascism.

(Pero tú debes saber por qué luchas. Yo soy soldado cubano. Yo sé por qué estoy aquí; vine a combatir junto a los angolanos en la defensa de su patria invadida. Entre tú y yo hay una gran diferencia; tú eres un mercenario y yo un revolucionario internacionalista luchando contra el racismo, como otros cubanos fueron a España hace cuarenta años a luchar contra el fascismo.)

El soldado sudafricano que había respondido las preguntas bajó la cabeza, mientras los restantes miraban al oficial cubano indiferentes. Cerca de estos, Andrés los miraba fijamente. Sus ojos destellaban odio.

La compañía de Tropas Especiales y su jefe, el capitán Pedro, fueron felicitados por el Alto Mando conjunto MPLA-Internacionalistas cubanos.

Sólo unos días después, Pedro comprendió el significado de aquella solicitud del MPLA. Los soldados

sudafricanos fueron presentados ante el mundo como prueba irrefutable de la agresión del gobierno de ese país a la nación africana. En conferencia de prensa los racistas admitieron haber invadido y agredido a la naciente República de Angola.

El mundo progresista y revolucionario comprobó la verdad de la agresión a Angola y los imperialistas no pudieron seguir ocultando los hechos.

Los combates continuaron hasta que el enemigo comprendió que no era posible romper la defensa. La suerte estaba echada. Al hacerse el recuento de las bajas, Pedro conoció de la muerte de su jefe de Pelotón, el capitán Antonio Tenjido, que había caído en otra zona, mientras detenía a los invasores.

Acostumbrado a los sinsabores de la guerra, sintió un profundo dolor por la pérdida del compañero de alegrías, esperanzas, penas y fatigas. Reunió a sus hombres y algunos hoy recuerdan, que les habló así:

—Compañeros, la preocupación fundamental del hombre revolucionario cuando va a la guerra no es morir, porque se marcha consciente del por qué se lucha. Lo más difícil no es eso, sino recibir la noticia de la muerte de compañeros queridos. Esos son los momentos más difíciles. Aquí venimos a combatir y esa es la entrega suprema a la causa por la liberación de la humanidad, la vida.

A partir de aquel momento, las tropas angolano-cubanas desataron una ofensiva arrolladora que sólo se detuvo en la frontera con Namibia, cuando no quedaba sobre el suelo de Angola ningún invasor. Pueblo tras pueblo fueron cayendo en manos de sus legítimos dueños. Y en todos el mismo espectáculo: la población aclamando la entrada de los guerrilleros del MPLA y de los internacionalistas cubanos.

Los vivas y aplausos hacían sonreír de satisfacción a los jubilosos soldados. Para los cubanos aquellos encuentros significaban el conocimiento de nuevas cos-

tumbres, de tradiciones desconocidas. Y siempre el signo de la explotación.

Y es que, no obstante existir lazos de unidad, durante siglos los colonialistas alimentaron las luchas por el poder entre los jefes de las diversas etnias, agudizando las diferencias entre estos grupos lingüísticos, sus costumbres y su desarrollo cultural. Angolanas son los bantúes, los quicongos, los quilbundos, umbundos, hereros y otros, nacidos en el mismo territorio.

Cuando en 1904 los colonialistas portugueses organizaron una expedición con vistas a dominar «el territorio Ovambo», los lanzas que acribillaron al jefe de los invasores defendían los sentimientos de una nacionalidad que creaba cuerpo, la angolana. No importa que la mujer humta sea célebre por sus peinados y esto la diferencia del resto de las mujeres de otros grupos étnicos, si también la ve destruirse por el peso de la carga que la asemeja a toda mujer angolana, ni que el cuval no coma gachas o papas de mandioca y el onscado sea tabú para ellos, aunque no sepan decir por qué, si la muerte prematura de sus niños ocurre en iguales descomunales proporciones que las de otras etnias. Y es que para los colonialistas todos los africanos son iguales: negros salvajes que sólo sirven para trabajar, reproducirse, trabajar y al final... morir.

«Terremenda tarea la del MPLA cuando termina la guerra» —pensaba Pedro mientras atravesaba en los camiones las ciudades del sur de Angola.

Andrés, el joven combatiente angolano se perfilaba como un futuro cuadro del Ejército Popular. No se apartaba ni un instante de Pedro. En ocasiones este tenía que ordenarle que no le siguiera, pero resultaba en vano. Andrés se hacía el obediente, pero al rato, estaba a su sombra de nuevo. Había aprendido a operar la radio e incluso a manejar. Sobre esto último, Pedro había notado que todos los días, en los momentos libres, Andrés se ponía a contemplar una motocicleta de la

compañía que no tenía mucho uso práctico. Un día se acercó y le dijo:

—¿Te gusta?

—¡Sí! —respondió el muchacho con su habitual entusiasmo.

—Te la regalo.

Andrés miró con sus ojos grandes a Pedro y parecía que de la emoción no saldría. Evidentemente era el primer juguete que tenía en su vida, porque eso era la moto, un juguete. Pedro se apresuró a rectificar enseguida:

—Bueno, te la regalo, mientras dure la guerra. Esto es del Estado y yo no tengo derecho...

A cualquier hora siempre que no se estuviera combatiendo o realizando los deberes del campamento, se podía ver a Andrés con su juguete de aquí para allá, tocando bocina.

Posaía una inteligencia virgen y muy prometedora. El capitán Pedro le aconsejó que al terminar la guerra se dedicase a los estudios, recomendándole que marchase a la Unión Soviética o a Cuba.

—¡A Cuba! —respondió el muchacho, agregando—: para estar con usted.

Como no recibía correspondencia de sus padres, Pedro le preguntó las razones y se le mojaron los ojos. No sabía de los padres desde que marchó a la guerrilla y el papá la gente del FNLA lo buscaba para matarlo por sus simpatías con el MPLA.

—Cuando esto se componga un poco, te voy a dar permiso para que vayas a tu casa.

—¡Uf! muy lejos mi casa. Pero regreso —contestó entusiasmado el joven.

La compañía del capitán Pedro atravesó el pueblo de Santa Comba y sobre la marcha lo tomaron, intercambiando disparos con rezagos de tropas de la UNITA que se hallaban ocultas en el pueblo. Detuvieron los vehículos unos veinte kilómetros más al sur.

El Mando del frente les ordenó ocupar un puente en previsión de que el enemigo lo volase, pero llegaron

tarde. Un jeep con varios exploradores, a los que Pedro envió al puente, se precipitó sobre este y cuando se percataron que lo habían destruido ya era tarde, volaron con el jeep por los aires y se estrellaron en la pendiente de la orilla opuesta. Era de noche. Cuando Pedro llegó al sitio ayudó a su rescate y por suerte las lesiones sufridas no eran fatales.

Al día siguiente pudo contemplar en toda su dimensión la situación en esa zona. Las orillas del río Kebe, uno de los más caudalosos del sur de Angola estaban separadas entre sí, aproximadamente doscientos metros. El puente había sido volado por completo, pero Pedro, al observar sus restos sobre el lecho comprendió que los sudafricanos habían cometido un error.

—¿Quieres ser tan perfectos que si lo observas bien se encuentra intacto. —Andrés y el capitán Arias comprendieron lo insinuado por el jefe.

Pedro impartió instrucciones precisas a los jefes de pelotones para organizar la defensa en la orilla conquistada, dos pelotones al frente protegiendo los flancos y la ribera del río; entre estos convenientemente situadas tres piezas de ochenta y cinco milímetros y detrás un tercer pelotón en la segunda línea de defensa. Por la tarde el comandante lo mandó a buscar: le informó que al siguiente día cruzaría el río y que previamente y con la finalidad de garantizar la mayor seguridad en el cruce, se efectuaría una fuerte preparación artillera.

Esa noche conoció por los «tabanqueros»⁴ de la zona que el río estaba lleno de cocodrilos. Pero eso no sería impedimento para el cruce.

Pedro no durmió, preparando con celo la acción del amanecer. Cuidaba del cumplimiento de cada orden, los más insignificantes detalles adquirían una súbita importancia en su mente experimentada, la cantidad de

⁴ Se llama Tabanco a la aldea de campesinos en el sur de Angola. A sus habitantes, los internacionalistas cubinos los bautizaron con el nombre de «tabanqueros».

parque que llevaría cada soldado, la disposición y el orden de marcha; instruyó al cocinero para que diera una comida fría esa noche, evitando el desayuno al amanecer para que introdujeran sus pantalones por dentro de las altas botas, en prevención de la terrible mordida de la serpiente venenosa bautizada por ellos como «la trepadora».

A las cinco se dio la orden de prepararse. De inmediato comenzó la preparación artillera y aun esperar que esta concluyera los hombres del capitán Pedro se lanzaron al río. Al llegar a la orilla, comenzaron a avanzar sobre el puente destruido que descansaba íntegro sobre su lecho; hundido en su parte más profunda a la altura del pecho de un hombre de estatura normal. Efectivamente, los sudfricanos lo volaron de tal forma, que cayó íntegro sobre el río. Así, a través de él, cruzaron los soldados cubano-angolano al mayor tropiezo que el abrazo del agua fría y el lógico temor por los cocodrilos. Pero estos, quizás en un gesto patriótico, no se esomaron por allí.

Al llegar a la otra orilla, la tropa no se detuvo y continuó su avance, esperando de un momento a otro la aparición del enemigo. Varias explosiones de morteros que cayeron algo alejadas les indicó que este se encontraba desconcertado. Al mediodía, la tropa hizo un alto a unos doce kilómetros de la orilla del río. Al frente, bordeaba el camino una enorme cordillera. Pedro presintió el peligro; comunicó al mando sus conjeturas y solicitó organizar la defensa en ese punto, mientras enviaba un grupo a explorar el terreno. Además, la artillería, situada en la margen anterior del río no podría protegerlos más allá de quince kilómetros, pues ese era el límite de alcance de las piezas de ochenta y cinco.

Después de tomadas las medidas para rechazar cualquier ataque, el capitán Pedro ordenó al teniente Almeida, uno de los combatientes más aguerridos de la tropa, que avanzara hacia los cerros y los explorara.

Al rato el grupo de exploradores se adentraba en la falda de la montaña, alejándose del camino donde podrían ser fácilmente descubiertos. Si el enemigo estaba allí lo decisivo sería, quien descubriera a quien. La preparación militar que poseían, más el equipo y en especial los trajes de camuflaje resultaron factores en el desenlace. Pasado un rato de marcha entre el intrincado monte, un combatiente angolano, a quien cariñosamente llamaban el Pionerito se acercó al teniente Almeida y le dijo:

—Teniente, allí está el enemigo.

El jefe de la escuadra dirigió su vista hacia el lugar señalado y solo vio la espesura del bosque verde y sintió el ruido de los pájaros y monos.

—¿Dónde, Pionero?

—Ahí, teniente —volvió a indicar el angolano con su índice hacia el mismo lugar.

Después de permanecer unos minutos, observando aquellos parajes sin que sus ojos dibujasen alguna figura humana, tomó en sus manos el equipo y se puso al habla con el capitán Pedro:

—Pantera a Madre, Pantera a Madre... cambio...

—Madre a Pantera, Madre a Pantera... adelante...

—Capitán, un combatiente angolano ha situado al enemigo en las coordenadas 17-22... cambio.

El capitán Pedro no se interesó por conocer si Almeida los había visto. Para ambos resultaba innecesario, conocían el extraordinario sentido de observación de los angolano, que en más de una oportunidad asombrara a los cubanos.

—¿Blancos o negros?

—Dice que negros.

—Son de la UNITA. Ocupen la defensa y envíe algún explorador solo.

Efectivamente, una hora después se ubicó una numerosa concentración de tropas enemigas, compuestas por elementos de la banda de la UNITA y mercenarios blancos. Estaban preparando las condiciones para

atacar a las fuerzas de liberación, cuando estas se adentrasen en los cerros, incluso ya habían instaladas varias ametralladoras calibre 50.

El Mando conjunto ordenó que los exploradores continuasen en su privilegiado punto de observación y a Pedro que se preparara para avanzar sobre estas a la mañana siguiente.

Se determinó que las piezas de ochenta y cinco podían alcanzar la agrupación enemiga. Al amanecer del día siguiente y bajo la precisa observación de los exploradores del cerro que dirigieron el tiro por radio, se cañoneó la zona. Resulto fulminante; la sorpresa fue total y entre las filas diezmadas del enemigo cundió el pánico.

La compañía de Pedro avanzó sobre el enemigo y se entabló combate con el resto de esta tropa; fueron ocupados diferentes armamentos, incluyendo las ametralladoras 50. No pudieron hacer el recuento de las bajas, pues los muertos no aparecieron. Días después conocieron por los campesinos que el enemigo en su huida había lanzado al río a sus muertos y heridos.

Esa noche pernoctaron en aquellos cerros. Se reunieron los jefes de pelotones y la plana mayor de la compañía. Después de charlar un rato sobre los últimos acontecimientos, los bostezos hicieron aparición en el escenario de la guerra y fueron sustituyendo a las palabras, hasta que se les llevó al sueño. La radio comenzó a llamar pero ninguno de los presentes la escuchó. Dormían profundamente. Mas, al unísono todos se despertaron sobresaltados, había estallado un cañonazo en la zona, inquieto, Pedro escuchó la radio y se precipitó sobre ella. Era el jefe del Estado Mayor del frente. El intercambio con él le hizo olvidar-se del cañonazo. Todo volvía a la normalidad.

Varios días después conoció el origen de esta explosión, cuando se encontró con el jefe del Estado Mayor. Este le relató que aquella noche lo había llamado la radio repetidas veces y conociendo de las ago-

tadores jornadas ordenó tirar un cañonazo... por si dormían.

•Por aquellos días conocí un niño cuyo rostro no olvidaré jamás —relataba Pedro a su regreso a Cuba—; tenía unos cinco años y lo trajeron hasta nosotros. Cuando le pregunté por sus padres me dijo que la gente de la UNITA los había asesinado. "Papá, mamá: pum, pum, pum", y movía sus bracitos imitando las descargas del fusil que ametralló en su presencia a toda la familia. Estaba traumatizado. Temblaba ante la presencia de un arma de fuego. Quedó solito. Entonces el mayor Viamonteas lo tomó consigo hasta el final de la guerra. Después solicitó permiso y accedieron a que lo trajera a Cuba. Por ahí anda estudiando. Ya no está solo.

El avance continuó y días después atravesaban Huila, importante ciudad.

•Recuerdo que se nos dio un práctico angolano en el avance hacia Novo Lisboa. Era un muchacho joven. Cuando me lo presentaron vestía una camisa roja y lo vestíamos de verde olivo. Se puso contento. Enseguila gustó a la tropa, no sé por qué nos encariñamos con él. Poco después al entrar en un pueblecito, sorprendimos un grupo de la UNITA y se entabló un combate corto, pero sangriento porque fue a boca de jarro. Ellos eran unos cincuenta y le hicimos cerca de veinte bajas entre muertos, heridos y prisioneros. De nuestra parte sólo tuvimos dos bajas, angolanas ambas; uno de ellos el joven guía.

Cuando se refiere a la muerte de los compañeros, parece que la voz de Pedro se ahoga y su mirada se torna vidriosa y la fija en el espacio como si mirase los recuerdos de aquellos tristes momentos.

•Cuando me lo informaron fui hasta el lugar donde yacía y quién sabe por qué lo tomé por los brazos y lo levanté. Tenía la cara afilada y los dientes muy blancos. Vamos a enterrarlo aquí, dijo a la gente.

«Recuerdo también que estando en aquel pueblecito se nos acercó, llorando, una mujer diciéndonos que la gente de la UNITA le habían robado todo el dinero y nos pidió permiso para buscarlo. Accedí. Se metió en la casa donde había estado el cuartel de la UNITA y lo encontró. Me parece verla saltando de alegría con aquel cofrecito en la mano. Entonces vino hasta nosotros y cambiando la cara nos alargó la cajita. Ese dinero es suyo, nadie se lo va a quitar.»

«Andrés, mi sombra angolana, me reveló un elemento nuevo en su personalidad: el odio. Aquel día, interrogando un prisionero de la UNITA, noto que se pone rojo y le va para encima al hombre, pegándole, mientras le gritaba traidor. Se lo quito y se me zafa, cogiendo un fusil con intenciones de matarlo. Me tuvo que poner fuerte. Y cuando, después de recriminarlo, logré que se calmara, le pregunté qué había sucedido y me dice que el bandido ese le había dicho hermano. Entonces me acordé de aquel niño y su pum, pum, pum.»

«El avance continuó y días después atravesamos Salbandeira en dirección a Novo Lisboa, la ciudad más importante del sur de Angola.»

«Siempre después de liberar un pueblo, los campesinos y habitantes de la región se acercaban a nosotros, relatándonos los atropellos y crímenes de los sudafricanos y la banda de la UNITA. Les hablaba un representante del Movimiento Popular de Liberación de Angola.»

«Novo Lisboa ya al final de la guerra estaba próximo. Era el mes de marzo.»

«En esta importante ciudad se preparó la última ofensiva contra los sudafricanos. La frontera se encontraba próxima.»

«En Novo Lisboa nos encontramos con los restantes combatientes del Batallón de Tropas que convergieron allí procedentes de otros frentes de combate. Fue muy emocionante el encuentro después de varios meses de separación. Todos estábamos muy alegres; hubo

abrazos, jaranas y un momento para recordar a los caídos. Habíamos tenido muy pocas bajas, pero siempre es triste.»

«El capitán Pedro cumplió su palabra y le dio permiso a Andrés para visitar a sus padres. Tendría que atravesar casi todo el vasto territorio de Angola, varios miles de kilómetros y casi todas las vías de comunicación estaban interrumpidas a consecuencia de la guerra. Más de un compañero le dijo a Pedro que se olvidara de Andrés, que no podría regresar antes del inicio de la ofensiva y después no sería posible localizar la compañía. Así pasaron casi dos semanas. Sucedió que a ratos Pedro miraba a su lado creyendo ver a Andrés. Sentía por él un gran aprecio.»

«Llegó el último día de la ofensiva y cuando estaba próxima la partida, se apeó de un camión, el dinámico soldado del MPLA, Andrés Quomunga Manuel, con su jolongo a cuestas. Abrazó a todos con euforia y, en especial, a Pedro. Hablando aprisa y ya encaramado en el camión con el fusil en ristre relató que los padres estaban bien y que aquella región ya estaba limpia de la banda de Holden Roberto.»

«El empuje de las tropas angolanas y cubanas resultó incontenible. Los combates resultaban simples escaramuzas entre los rezagados a los que no daba tiempo preparar la retirada.»

«Llegó entonces una orden que presagiaba el final de la contienda. Los soldados angolanos se separaban y constituían unidades propias para la toma de los pueblos cercanos a la frontera y la custodia de esta.»

«Andrés pronto nos separaremos —le dijo Pedro a su camarada de luchas, sin sentimentalismos exagerados. Ya estaba acostumbrado. Pero Andrés aún no. Pedro notó que en su rostro, siempre alegre, se instalaba una mueca de tristeza y de sus ojos brotaron lágrimas. La espontaneidad del gesto sorprendió a Pedro que tuvo que atenuar la emvergadura del asunto.»

«No, Andrés, no es para tanto. Nos veremos de nuevo. Tú vas a estudiar a Cuba. Allí nos vemos.»

Esa noche Andrés anduvo como siempre muy cerca de Pedro, pero esta vez silencioso. Después de resueltos los asuntos pendientes, ambas se alejaron y sentados allí, entre la prodigiosa vegetación africana, se pusieron a charlar. Pedro sabía que sería la última vez que lo viera. Su experiencia de revolucionario le enseñaba que los compañeros de cada episodio de esta lucha no se repetían.

Para animarse un poco Pedro le pidió que le hablara de su incorporación a la guerrilla, que bien pudiera traducirse en su propia historia...

PEDRO

-En mi barrio, algunos muchachos mayores que yo, estaban incorporados al Movimiento 26 de Julio. Entre estos recuerdo a Heredia, Montoya, Domingo y Emilito. Yo no estaba en nada, pero me unía a ellos una fuerte amistad, nacida en nuestra amarga niñez. Así, de cuando en cuando, me decían algunas cosas sobre sus actividades y después a solicitarme algunos favores y así hasta que me incorporé. Vendí bonos y recolecté algunas armas; eso fue lo primero que hice.-

Ya la vida de Pedro tenía un sentido, aunque no propio de las necesidades de un joven de dieciocho años, pero la patria no excluye, en los momentos de martirologio a ningún hijo. Y Pedro acudió a ella.

-La primera acción de cierta envergadura fue el ajusticiamiento de un esbirro, que estaba involucrado en varios asesinatos de revolucionarios, algunos, incluso, los había cometido en su propia casa... Cuando Masferrer iba a Guantánamo, paraba en su casa.-

Pedro expresa, ahora, con vehemencia, y es que para un revolucionario, matar, es un acto extremo en la lucha. Su sensibilidad exquisita requiere del convencimiento

para ejecutar tales acciones; pero una vez que sabe el porqué, no vacila.

-El hombre tenía un bar por el centro del pueblo. Nos reunimos y acordamos el plan. Ese día salimos de nuestra casa en bicicleta. Cuando llegamos al lugar, un compañero que controlaba los movimientos del batistiano nos comunicó que se encontraba en la casa. Decidimos ajusticiarlo cuando regresara al bar. Cuando lo vimos aparecer, dos compañeros diápararon sobre él, en plena calle y acto seguido otro y yo corrimos al bar y lanzamos a su interior cuatro bombas incendiarias, caseras. Se quemó todo el bar y el esbirro quedó allí, tendido en plena calle. Después siguieron otras acciones. Ya estaba en la cáfula.

-Una noche en que íbamos a ajusticiar a un chivato, la cosa falló y cuando nos retirábamos a pie, Felipe, el otro compañero y yo fuimos detenidos por una patrulla. Reconozco al teniente Agüero y al cabo Fiallo. Le metieron un culatazo en pleno pecho a mi compañero, pues lo confundieron con alguien que tenía un hermano alzado. En ese barullo Agüero ordena que nos suban a un jeep que venía detrás para llevarnos al cuartel. Pensé que me iba a matar. Cuando estábamos en el jeep, escuchamos una voz de alguien que le decía al teniente batistiano: "Agüero, suelta a esos muchachos; yo los conozco, son del barrio y no estaban en nada." Cuando miramos para el carro, ¿quién nos iba a decir que era el chivato cuyo ajusticiamiento nos había acabado de fallar?

-Por aquella época, marzo de 1958, el comandante Raúl Castro, después de una audaz travesía desde la Sierra Maestra fundaba el Segundo Frente Oriental, Frank País. Su presencia aceleró el desarrollo de la guerra en esa zona. Poco después tuve que alzarme, pues conocieron de nuestras actividades revolucionarias. Fue cuando liquidamos una banda que se dedicaba a asaltar a los campesinos de los alrededores de Guantánamo, haciéndolos pasar por gente del 26 de Julio.

En realidad eran guardias que de esta forma robaban y desacreditaban al Movimiento. Habíamos penetrado la fonda con un compañero nuestro y así fue que auspiciamos de un asalto que planeaban y les preparamos una emboscada. En el tiroteo logramos capturar a tres y se escapó uno, herido. Allí, junto al río, esa madrugada, le aplicamos a los bandidos la ley de la Sierra que era la máxima para estos casos. Pero el que se dio a la fuga sospechó de Higinio, el compañero que se había infiltrado entre ellos y lo cogieron preso. Rodearon toda la cuadra para capturarlo y se lo llevaron para el cuartel. Recuerdo que estaba pesando un saco de papas en la tienda cuando me dieron la noticia. Entonces agarré para el monte.»

Durante la segunda mitad del año 1958 el soldado del Ejército Rebelde, Pedro Rodríguez Tamayo participó en diversos combates.

Integrante del Pelotón Móvil, sus diestras piernas recorrieron día y noche las montañas; cruzaron los ríos, en largas y fatigosas caminatas en busca del enemigo, así como en retiradas tácticas.

El Primero de Enero lo sorprendió cuando, junto a su columna, la número veinte, dirigida por el comandante Demetrio Motaeny Villa, se dirigían a atacar a Guantánamo. Otras columnas completaban el cerco de la ciudad. Fue enviado al cuartel Moncada; después, al Morro de Santiago, a Manzanillo, hasta que partió para La Habana, al campamento de Managua. Estando allí, un día se apareció Fidel y le planteó que era necesario preparar los campamentos en las Minas de Frio para dar entrenamiento a los milicianos.

«De regreso a la Sierra Maestra se organizaron las tres primeras columnas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, con una estructura militar acorde con la realidad creada por el triunfo de la Revolución. Estas columnas fueron el primer paso en la creación del poderoso ejército actual. Yo integré la columna número uno, bajo las órdenes directas del Comandante en Jefe.

Tenía tres compañías de infantería, dos baterías de morteros y una de bazookas. Nuestro jefe inmediato era el comandante Haroldo Ferrer.»

Duro fue el trabajo realizado por aquellos avezados guerrilleros en la preparación del terreno y campamentos para recibir a los primeros milicianos que cursarían entrenamiento en las montañas donde nació la Revolución.

«Fidel estuvo allí. Recuerdo que llevó el fusil Fal, desconocido para nosotros. Nos habló muy bien.»

Al referirse a Fidel se presiente el profundo cariño y respeto que Pedro siente por el líder de la Revolución.

«Hizo un recuento de las acciones en esa zona, dijo que ese campamento fue idea del Che para entrenar a los jóvenes que se iban incorporando al Ejército Rebelde; habló de que nos esperaban días difíciles, de sacrificio; pero que no sería en vano y nos hizo una anécdota de que al fragor de la lucha, sobre todo en los momentos más difíciles, había gente alzada que pedía permiso y después no regresaba más, que esos eran flojos, los que no pudieron ver el triunfo de la Revolución desde la vanguardia y nos avizó que pasaríamos mucho trabajo, pero los que demostraran no ser flojos verían el fruto del sacrificio. Y agregó, que, como una prueba más tendríamos que subir al Pico Turquino.

«Y Fidel tenía razón, algunos pidieron permiso... y no regresaron. La cosa fue dura. Subimos al Pico once veces. Ah, y Fidel probó el Fal en aquellas montañas ese día. Nos dijo que era un arma muy buena y que la tendríamos nosotros; sin abandonar los fusiles viejos que nos habíamos ganado en la guerra.»

En diciembre de 1960, ya organizadas las tres columnas especiales del Ejército Rebelde, la número uno regresó a La Habana. Es destacada en las alturas de Cajimat. Apenas se han repuesto del duro período transcurrido en la Sierra Maestra y por orden del Co-

mandante en Jele sale para una operación contra una banda de alzados en la zona de Motembo, Escambray.

«Llegamos allí sobre las ocho de la noche y a esa hora tiramos el cerco. Por la noche tuvimos contacto con ellos porque trataron de romperlo y retrocedieron. En eso llegó Fidel y se puso al frente de la operación. Recuerdo que tiró con morteros hacia el lugar donde se presumían se hallaban los bandidos; al día siguiente se descubrieron varios cadáveres de alzados en donde cayeron los morteros. Bueno, durante el día mi compañía fue retirada a descansar y por la noche la volvieron a situar en el cerco. Entonces los bandidos trataron de volver a romperlo, esta vez con todas sus fuerzas por la zona donde estábamos nosotros. El tiroteo fue intenso. Recuerdo un muchacho llamado Cuello, que estaba junto a mí y lo hieren. Yo lo veo sangrando por la cara y me pareció que estaba herido en los ojos, pero la herida fue en la nariz, se la habían atravesado. Le dije que se estuviera tranquilo hasta que la situación mejorara. En eso los alzados vuelven a arremeter contra mi posición. Descargo un peine tras otro. Así estuvimos aproximadamente una hora hasta que sentí un ardor en una pierna. Me han herido. Seguí en mi posición combatiendo. Al amanecer me retiraron. Se liquidó casi toda la banda y capturamos cinco prisioneros. Campito logró escaparse pero cayó más tarde en otra zona. Regresamos a Cojimar con el comienzo del nuevo año.»

ABRIL DE 1961

En la madrugada del 17 de abril una llamada se recibió de Cojimar, en la sede del batallón número uno de Tropas Especiales del Ejército Rebelde. El capitán Aroldo Ferrer llevó al auricular a los oídos.

—¿Aroldo?

112

«Solamente una palabra y ya supe quién hablaba por el otro extremo.

—Sí, Comandante, ordene usted.

—Hay un desembarco por la Ciénaga. Levanta la columna y espera órdenes mías.

—Sí, Comandante.

—Eso tiene que ser rápido.

Sintió que colgaban. El joven capitán se dirigió hacia el oficial de guardia y ordenó el toque de alarma de combate.

«Ya desde el ataque a los aeropuertos a nosotros nos tenían acuartelados. Participamos en el entierro de los compañeros caídos. Alzamos nuestro fuell cuando Fidel proclamó el carácter socialista de la Revolución. Aquella fue tremendo porque después que Fidel parecía haber terminado regresó a los micrófonos y dirigió por él entonces las notas del Himno Nacional. Recuerdo que finalizó casi sin voz.»

Aquella madrugada por orden de Fidel la columna salió en camiones Zil soviéticos para la Ciénaga.

«Paramos en Jovellanos y ahí nos dieron alguna información. Seguimos y entramos por Cavadonga. La compañía nuestra iba al frente y aneguida nos pusimos en combate. Recuerdo un momento en que nos estaban tirando con morteros me lancé a una zanja y veo otros dos compañeros tendidos. Me apreté a ellos. Cuando amainó el fuego les dije: "¡Arriba, arriba!", pero no se mueven. Entonces comprendo por la forma y posición del brazo de uno de estos que estaban muertos. Ellos nos tiraban con todo y nosotros avanzamos con mucha dificultad, pero nadie pensaba en parar. Yo creo que si alguien se le ocurre decir para atrás, ahí mismo queda.»

La columna irrumpió en Girón en la tarde del miércoles, después que el batallón de la Policía lo hiciera por el litoral, a través del terraplén que va de Playa Larga a Girón. Al día siguiente, jueves 20, Fidel recibe información sobre el resto del batallón mercenario.

113

rio que se hallaba oculto en la Zanja de Barriles, Punta Cazonas, frente a la mole de Houston que había encallado después que fue bombardeado por nuestra heroica aviación.

Un combatiente del Ministerio del Interior, que había permanecido algunas horas prisionero de los mercenarios allí escondidos, relató a Fidel lo que observó sobre las fuerzas enemigas. Ese momento quedó fijado para la historia por una foto que ha recorrido el mundo donde se ve a él combatiendo y al Comandante en Jefe con el brazo extendido señalando hacia el lugar donde se ocultaban los asbirros, rodeado de otros oficiales.

«Fidel avanzó sobre un tanque y detrás la columna. Frente al barco y teniendo a sus espaldas al enemigo, escondido en aquellos montes, Fidel cañoneó al barco. Nosotros permanecimos ahí para cargar el cerco.»

«Alrededor de las cinco de la tarde, Fidel regresó al baley de Buenaventura por mar, en un pequeño yate. Un joven maestro voluntario de la zona, que durante esos días había cambiado sus libros por el fusil, amarró los cabos de la embarcación al viejo muellecito.»

«Compañeros, no salien al muelle juntos, estos palos están podridos y por el peso pueden ir abajo —dijo uno de los oficiales que acompañaban al Comandante en Jefe.»

«—Aquí lo que pasa son los celos de Fidel —respondió otro emocionado. La batalla de Girón había concluido.»

«Después de Girón me mandaron a estudiar. Las columnas se desintegraron y sus miembros pasaron a dirigir las nascentes unidades militares. A mí me enviaron como instructor político para la guarnición de Cojimar, donde por aquel entonces vivía Fidel. Le brindábamos protección.»

Pedro Rodríguez Tamayo es también fundador de la Dirección de Seguridad Personal. En su persona, rindimos homenaje a los compañeros que se han entregado con inigualable dedicación, a salvaguardar la pre-

ciada vida de Fidel y demás dirigentes de la Revolución.

«Celia habló conmigo y me dijo que yo era necesario allí para ayudar a los muchachos nuevos. Nosotros siempre estábamos en la casa. Fidel acostumbraba a llegar después de las doce de la noche. A esa hora se ponía a leer o resolver asuntos; recuerdo que muchos dirigentes iban allí a verlo, de madrugada. Se acostaba a las dos, tres de la mañana y se levantaba muy temprano. A veces salía de madrugada y regresaba al rato. Por aquella época dormía muy poco. Nos tenía siempre en jaque. Muchas veces presencié la escena de él sentado ya en el jeep y la escolta corriendo, pues lo había sorprendido. En cierta ocasión se puso a conversar con nosotros; habló de la Sierra, de la persecución del mesino Sánchez Mosquera, cuando ellos eran muy pocos. Siempre fue optimista, así como ahora, muy seguro y dinámico, no habla quién lo quiera.»

Pedro conserva como un tesoro muy valioso y el que lo es, aquellos recuerdos de esa corta etapa de su vida en que permaneció cerca de Fidel.

«Cuando se formó el Batallón de Seguridad Personal, nos subordinamos a él. Eso fue por el año 1963. Durante una de las graduaciones de la Escuela de Seguridad Personal, Fidel nos habló. Se refirió a las acciones cada vez más agresivas del Imperialismo y que era necesario crear una unidad combativa, muy bien preparada y aguerrida que fuera capaz de CUMPLIR CUALQUIER MISIÓN, POR DIFÍCIL QUE SEA. Así nació el Batallón de Tropas Especiales. Fue seleccionado para integrarlo.»

De esta forma se convierte Pedro en fundador de esa importante unidad, que ha cumplido incontables misiones en defensa de la Revolución y en la lucha por la liberación de otros pueblos. Sus hombres dominan con maestría sin igual el arte militar, pero por encima de esto, su arrojo y valentía, tienen su funda-

mento en la convicción de la justicia de la causa del socialismo y el comunismo. Esa fuerza les dio alas para volar allende el océano y fusil con fusil, junto al pueblo angolano, expulsar al invasor racista de esa hermana tierra africana.

UNA DEUDA

El Mando de las Fuerzas Populares del Movimiento Popular para la Liberación de Angola, solicitó a los representantes de las tropas internacionalistas cubanas que seleccionaran un grupo de destacados combatientes para visitar la frontera. Era una cosa simbólica. Ya los sudafricanos la habían atravesado, por donde mismo invadieron Angola seis meses atrás. Así, el gobierno angolano premiaba a los compañeros cubanos.

«Fui seleccionado. Me sentí honrado. Cualquiera de mis compañeros se merecía ese honor.

«Llegamos a Cunene al atardecer de un día de marzo. La naturaleza allí es prodigiosa. Sobre el ancho río se yergue la presa que irriga los campos de esa región. Un paisaje muy bello. Nos instalamos en una casa destruida por los sudafricanos, quizás la última que hicieron en territorio angolano. Porque ellos, en su retirada, volaron e incendiaron todos los centros económicos del país.

«Al amanecer del día siguiente fuimos hasta la cerca que separa ambos territorios. En una caseta de madera, un joven soldado del MPLA montaba guardia y a varios metros de él separados por una sencilla cerca de púas, dos sudafricanos en short y con fusiles recordados, hacían la suya.

«Los miré y nos miramos. Entonces, con una seña, les pregunté qué tipo de fusil era ese. Después de un momento de vacilación se animaron y me respon-

dieron que era un Fai. Con otro gesto les dije que era un arma muy buena. Recuerdo que me llevé los dedos a los labios, en señal de buen gusto, mientras pensaba que yo también había tenido un Fai en los primeros años de la Revolución. El fusil no hace al soldado.

«Le di la espalda y miré al corazón de la tierra africana. Habíamos recorrido más de mil kilómetros desde la noche en que llegamos a Luanda. Y pensé en algo que me habían dicho: "Miles de africanos, incluyendo angolanos, fueron llevados como esclavos a nuestra América". Muchos de ellos, ya criollos, combatieron y murieron por nuestra libertad. No mataríamos, acaso, pagando, ahora, viejas deudas de gratitud.»

TEATRO CARLOS MARX

4 DE JUNIO DE 1978

Se celebra una velada solemne por el XV aniversario del triunfo de la Revolución. Fidel habla acerca de los años de lucha y las páginas de gloria escritas por los combatientes del Ministerio del Interior. En primera fila el capitán Pedro Rodríguez Tamayo escucha con atención. De pronto se le hace un nudo en la garganta. La emoción le embarga ante las palabras del Comandante en Jefe:

«¡Y los combatientes del Batallón de Tropas Especiales cumplieron cabalmente su misión! A las pocas horas de arribar a Luanda, marchaban hacia el frente; y el avance, hasta entonces relámpago de los sudafricanos, fue detenido.»

El pueblo allí reunido, al unísono, se puso de pie, mientras los aplausos retumbaban en los corazones

de los combatientes del Batallón allí presentes. Pedro inclinó su rostro. A su espalda todo el pueblo aplaudía.

SINTESES BIOGRÁFICA

Pedro Rodríguez Tamayo

Grado Militar: Capitán

Edad: 39 años

Nivel Escolar: FOC

Ingreso en el PCC: 1969

Tiempo de Servicio: 20 años

Trayectoria Revolucionaria: En 1957 ingresa en la célula del M-26-7 en la ciudad de Guantánamo y realiza diferentes acciones revolucionarias. En 1958 se incorpora a las guerrillas en el II Frente Oriental Frank País; combate en la Columna Número 20, bajo las órdenes del comandante Demetrio Montañey Villa.

En 1959 forma parte de la Columna Número 1 Especial, bajo las órdenes directas del Comandante en Jefe. Participa en diferentes acciones combativas, cerco y liquidación de bandidos en Motembo, Pinar del Río y en los combates de Playa Girón.

En 1963 ingresa en la Dirección de Seguridad Personal, y permanece en la guarnición de la casa de trabajo del Comandante en Jefe, en Cojimar.

A finales de ese mismo año ingresa como fundador en el Batallón de Tropas Especiales; allí desarrolla incontables misiones en la salvaguarda de la Revolución y ayuda de otros pueblos; además, se distingue en la lucha de liberación del hermano pueblo angolano.

Distinciones obtenidas:

Orden 10 años de Servicios.

En 1973 recibe la Medalla XX Aniversario del Monarca.

En 1976 recibe la Medalla XX Aniversario de las FAR.

En 1979 recibe la Medalla XX Aniversario de los Órganos de Seguridad.

En 1979 recibe la Medalla XX Aniversario de la Policía Nacional Revolucionaria.

En 1976 recibe el certificado de Combatiente Internacionalista.



Gebino, combatiente de la Lucha Contra Piratas, en compañía de los pescadores que eran sus fuerzas auxiliares. [1982.]



El capitán Gebino (señalado con una flecha), junto a otros oficiales durante la preparación de una operación.



Maria Morales Mesa, en el barco que la condujo a Francia, para más tarde llegar a España. En primera fila (extrema izquierda) al revolucionario soviético Pedro Orizdovski, quien había colaborado en la creación del Soviet del central Senado



El combatiente internacionalista Maria Morales Mesa, durante la guerra en España.



El Sr. Mario Morales Mesa, combatiente del Ejército del Sureste de México, integrante del Frente Popular y de la División de la Libertad, en el mes de mayo de 1938, en el momento de haber sido entregado al Ejército del Sureste de México, en el momento de haber sido entregado al Ejército del Sureste de México.

Mario Morales Mesa

Soldado

Soldado

Al haber sido entregado al Ejército del Sureste de México, en el momento de haber sido entregado al Ejército del Sureste de México, en el momento de haber sido entregado al Ejército del Sureste de México.

En el mes de mayo de 1938

Certificado de soldado de las Brigadas Internacionales entregado a Mario Morales Mesa.

CARNET DE HONOR

Se le nombra Combatiente de Honor de la 35 División del Ejército Popular Regular, para Voluntario de la Libertad. Por sus acciones hechas en el mundo, en la lucha contra el fascismo y de la Democracia.

Los soldados de la División, todos los españoles, no olvidaron jamás a los que con ellos se arrojaron a la independencia del suelo nacional, cubriendo de gloria en las batallas en que intervinieron.

Al tener nuestro Viven los Voluntarios Internacionales afirmamos que la República Española consiguió su independencia total.

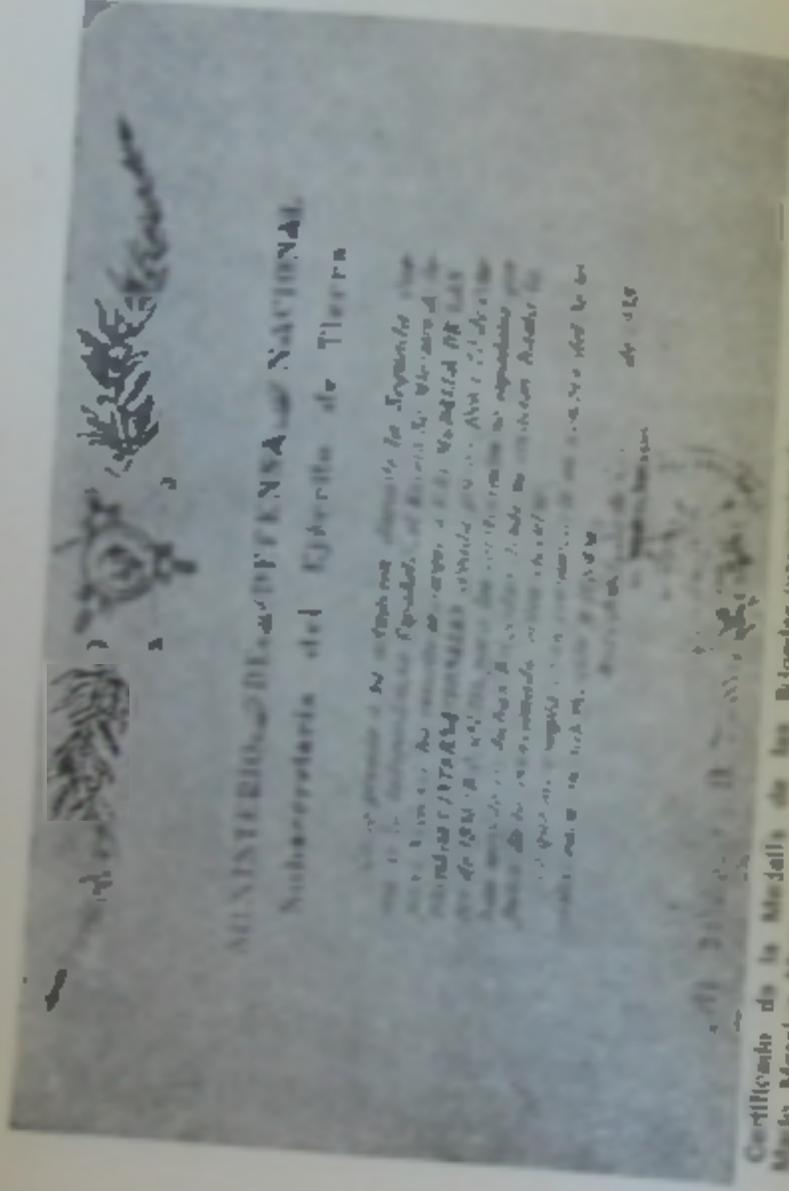
En el mes de mayo de 1938

Manuel Márquez

Comandante, Mario Morales

Mario Morales

Carné de Honor entregado al combatiente Mario Morales Mesa.



Certificado de la Medalla de las Brigadas Internacionales por Venezuela al combatiente Mario Morales Mesa.



El capitán Mario Morales Mesa entre soldados de la guerra en España junto a otros compañeros del MININI. Entre ellos, los combatientes internacionales, Orlando Pantolija [13] y Antonio Briones Moroto [13], caídos en España y Venezuela, respectivamente.



Mario Morales Mesa conversa con el escritor Félix Pita Rodríguez; en frente y tres años después, recuerdan el encuentro clandestino efectuado en París, días antes de marcharse Mario para España.



Pedro Rodríguez Tamayo, combatiente de Tropas Especiales.



Pedro Rodríguez Tamayo, durante una práctica de paracaidismo.



El capitán Pedro Rodríguez Tamayo en Angola. Junto a él, la madre del mariscal internacional comandante Raúl Díaz Arjona.



El Compañero Pedro Rodríguez Tamayo en el acto por el XV aniversario de la fundación del MININT.

INDICE

Introducción / 7
Lo mio es el mar / 11
Yo soy fundador antes del 59 / 46
Cumplir cualquier misión, por difícil que sea / 80
Testimonio gráfico / 121

The image shows the back cover of a book. The cover has a dark, textured background with a large, irregularly shaped red area in the center. This red area is framed by black halftone patterns that resemble a grid of dots, some of which are missing or faded, creating a decorative border. The text is printed in white on the red background. A person's hand is visible on the left side, holding the book.

Ellos merecen la victoria es un testimonio que narra distintos aspectos del trabajo del Ministerio del Interior a través de la vida de tres combatientes vinculados a los Organos de Seguridad, las Tropas Guardafronteras y las Tropas Especiales, respectivamente. Las vivencias, pasadas y presentes, tejen progresivamente una visión que aglutina algunos de los factores que han caracterizado a estos Cuerpos durante sus años de existencia: la valentía, la firmeza en los principios ideológicos y la tradición internacionalista, entre otros. Su autor, Juan Carlos Rodríguez (La Habana, 1943), es oficial del Ministerio del Interior